



Ana María Navales  
Virginia A. Lobos  
Miguel Ángel Curiel  
Adelina Esteban  
Jesus Pino  
Francisco Javier Aguilar Celia  
Mària Antonia Ricas  
Elisa Romero  
David Calvo Vélez  
Paco Morata  
María Auxiliadora López Rodríguez  
Julia Pontes  
Ángel Villamor  
Francisco de la Torre y Díaz Palacios  
Jesús Rubio  
Rubén Sánchez López  
Antonio Illán Illán  
Joaquín Copeiro  
Ana Isabel Rodríguez Ortega  
Jesús Fernández  
Benjamín Pulido Navas  
Juan Carlos Pantoja Rivero  
M<sup>ra</sup> Dolores García Rodríguez  
Damián García Fente

*Ilustraciones:* J. García, Ana Quirós  
Loc y Fernando López Ribota

# HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 16. Toledo. 2000

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y

Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

Jesús Pino

María Antonia Ricas

Joaquín Copeiro

Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz





**HERMES 16**



**INVIERNO**  
**Revista artesanal. Toledo. 2000**



**ANA MARIA NAVALES**

Lo que de un modo salvaje  
todavía me atrae de la vida  
es el vuelo sin límites,  
el secreto de los otros,  
la extraña manera de caminar  
de los pájaros desnudos,  
el sol en contra del invierno.  
A veces sale fuego de mi mano  
y me olvido de la gente.  
Y escribo para ver que no me humillo,  
que aún no me resigno  
y lucho porque no pase ni un día  
sin clavar en el álbum de mi tiempo  
un cromo distinto, alguna huella  
de este mundo en mi mirada.

## **VIRGINIA A. LOBOS**

### **CONCIERTO PARA CUERDA EN SOL MAYOR «ALLA RUSTICA». RV.151. Vivaldi.**

#### **Presto**

Uve de pájaros vivaldi, siempre pájaros si has leído mi letra en el amanecer, inexperta que corretea por la cuadrícula del cuaderno escolar rastreando modos de cazar un insecto sílaba, recordando conversaciones de las señoras que se esconden en la celeridad del día.

Pájaros impacientes: saltan sobre los versos y regañan por la pequeña larva oculta, médula de lo más hermoso que rompe las costumbres de la jornada. Pájaros aupados al tejado, *despierta*, pían, *regresa de tu estar en ti*.

Ellos te aman como los niños que no dejan saludar a su maestra y la rodean relatándole atropelladamente que escucharon la voz que gira de los astros.

#### **Adagio**

No sé hacer otra cosa sino vuelo, creer en lo que nadie se ocupa o se detiene.

Voy



despacio, apreciando colores de los prismas, de nervaduras tocables.

Voy muy despacio cuando exploro el rapidísimo tejido de tu vello, las ramas altas del avellano de tu sombra. Envidio a veces la destreza de los maestros que usan ágiles tijeras para recortar las tiras de esos muñequitos encadenados de la mano.

Lo único que sé es el vuelo, planear atrapando un flujo de aire que sale de tu boca igual que si estuviese quieta, sostenida por un apoyo lento, natural, transparente, en el que nadie ha reparado.

### **Allegro**

Elegida, orgullosa, atuso mis plumas. Soy tus ojos como águila de una mítica historia, soy el regreso desde el Sur a las lagunas, a las torres, cuando el invierno debilita su resistencia y preferieras abandonar lo oscuro de tu casa y salir a la noticia de una repetición gozosa.

Cambio tu perfil moderado por esa indiscreta corriente que no cesa de humedecer tu libro de recuerdos, capas de palabras heridas sobre palabras maldecidas sobre palabras contagiadas de la dolencia de los muertos... deja que acaben de morir.

Vendrán los corazones alirrojos y será difícil negar su vuelo.

**MIGUEL ÁNGEL CURIEL****Poemas de media tarde****18**

Antes de que llegue el frío  
y los días de humo y ceniza  
y aunque no tardaran - lo sé por la  
tierra que ocupa mis ojos y el  
resplandor de lo que nos abandona.  
Hay cosas que ya no estarán en juego  
como el viejo sacrificio de algunos  
santos un día con demasiada luz  
y tal vez sea por eso por lo que  
ya no viva aquí el presente  
en el presente y lo que amemos  
se recuerde simplemente por el sonido  
seco y leve del eco del infinito  
en el centro mismo de la eternidad.  
Algo nos deja por otros días  
pero no son más valientes los que se  
han quedado junto a un fuego  
que no les pertenece, - si acaso  
sólo más adustos, sólo porque  
están llenos de algo que resulta  
extraño, como un puñado de avena

sobre la mesa.  
Queda tu hueco, en él cabría  
algo diferente de la tierra  
pero que acaso ha estado bajo un árbol,  
y se deja en la ceniza un zorzal  
-pero no lo sabemos muy bien.  
La campana muda del amor  
que cada tarde arrastro  
nos deja por otras tardes.



**ADELINA ESTEBAN****FOTOGRAFÍAS DE LA ROYAL GEOGRAPHICAL SOCIETY****El Durbar y los templos de Katmandú. Década de 1860.**

Tienen una graciosa falta  
de peso los tejados.  
Dioses  
como los ciclos de la flor  
de altura.

Quizá una vida es esto:  
serena  
pero perdida la mirada.

**Casas de piedra en Dunkat, en el valle Spiti del Himalaya. Sobre 1870**

Donde la hierba apenas tiene un nombre  
y las únicas flores pertenecen  
a coronas de hielo, a los Aditya;  
donde la piel se seca y se confunde  
con el color del barro o las boñigas  
de ovejas aceradas por la altura;  
donde las rocas aman los glaciares

y se envanece un mundo fragmentado  
pero se hace cristales y se alisa,  
es absurdo pensar que moriremos.

**Niños europeos en Fukien, China, con su criado. 1890**

Los superhombres  
heredarán la tierra.  
¿No los viste  
caminar sin descanso ese sendero  
mostrando sus vergüenzas sin volverse?

**Un grupo de monjas budistas tibetanas. Década de 1900**

El alma, la palabra  
que temió de pequeña. No sabía  
si al pronunciarla un soplo  
se fuera de su boca  
y se quedase tonta,  
como un pájaro gris, como una piedra.

Y Dios,  
-porque aprendió a escribirlo con mayúscula-,  
semejante a una cumbre,  
allí sentado, viendo.

Unos días jugaba a los altares  
con dudosas estampas de Murillo.  
Otros días creía que era un pájaro,  
una piedra casual,  
y no importaba.

*Puerto Rico. 1999*



## JESÚS PINO

### I

No vienen en mi ayuda.  
No vienen a salvarme del hielo o la distancia.  
No vienen a dar paz a una belleza  
pretérita y difusa  
en las oscuridades de las noches.

Vienen, con sus espadas de tiempo y de ceniza,  
a golpear los ojos del vencido,  
a nombrar lo imposible de los sueños,  
a romper las últimas escalas del corazón del mundo.

Ellas,  
las hermosas lujurias del engaño,  
las doncellas más puras de la muerte,  
las terribles bondades,  
las venenosas mieles de la vida.  
Ellas, las palabras que escribo para amarme.

### II

*A Mari Carmen*

Para cuando seamos del olvido  
blanquísimas amnesias de su nada,  
y no siendo seamos aventada  
nada en la nada azul de lo vivido;

para cuando el futuro haya perdido  
los nombres que nos dan social posada,  
y seamos no siendo evaporada  
escarcha de un abril desconocido:

para cuando seamos vieja muerte,  
absoluto silencio de memoria,  
ceniza de ceniza encaneciendo:

para entonces confieso que quererte  
fue el lujo más hermoso de mi historia,  
y nada ya te seguiré queriendo.

### III

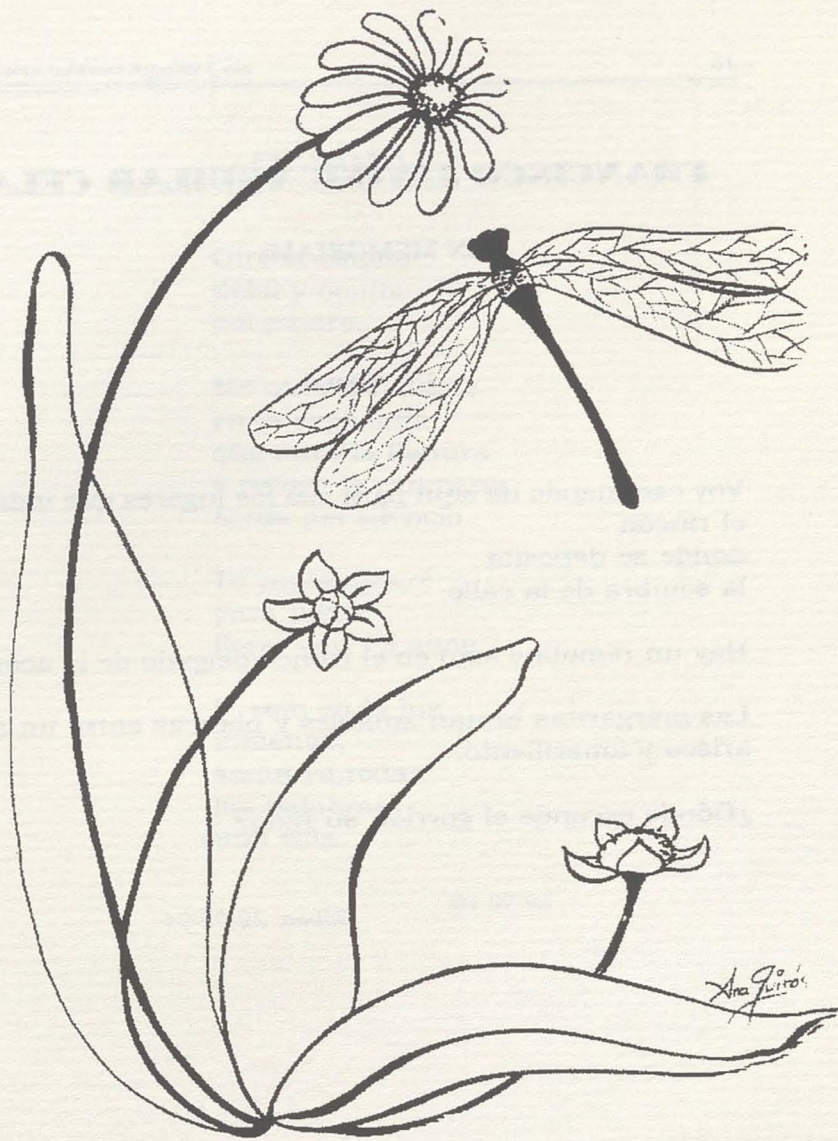
Sístole, diástole.

pum-pum; pum-pum  
el corazón se cansa.

La sangre sale y vuelve al ritmo del tambor.

pum-pum; pum-pum.  
¡Que no pare la música cardíaca!  
pum-pum; pum-pum.  
¡Que el baile no decaiga!  
pum-pum; pum... pum...  
... puf... puff  
¡¡¡Avisen a un doctor!!!





## **FRANCISCO JAVIER AGUILAR CELA**

(IN MEMORIAM)

### **EL NIDO**

Voy caminando de aquí para allá los lugares que indican  
el rincón  
donde se deposita  
la sombra de la calle.

Hay un remolino azul en el tronco delgado de la acacia.

Las margaritas brotan amables y blancas entre un aire  
arisco y amarillento.

¿Dónde esconde el gorrión su nido?

*Bilbao, 22-02-94*

## ESPADAÑA

Oiré el sonido  
débil y oculto  
del pájaro.

Me quedaré quieto  
en la espadaña  
que mira la llanura  
y recoge la campana  
sorda del silencio.

Te contemplaré  
para poder  
llorar con mi alma.

Y, roto en la luz  
inmensa,  
serán ya todas  
las palabras  
una sola.

04-07-93

**DEL GORRIÓN COTIDIANO**

¡Qué clamor cotidiano  
en el gorrión de la mañana!

La vida es una mancha tierna en mi mano.

Entre causas sonoras de la calle  
surge el ruido ahogado, vivo, y decoroso  
de lo débil

para hacer opaco el grito de la vida mecánica.

16-06-93

---

## MARÍA ANTONIA RICAS

### El marino

Las amapolas y el cantueso reavivan la temporada de los baños, ensenadas de cuarzo verde,  
blando  
viento verde preferido por el trigo,  
dientes de león buenas y cobardes, pri-pri de las perdices y pájaros pequeños con nombres tan pequeños que no les caben en el pico.

Lagartos en las lindes como cruzados cuidando aún el campo de batalla, y moscas vampiras molestando a los bañistas y mariposas disfrazadas de gaviotas sumergiéndose en la hierba.

Él hace memoria, no recuerda ningún ahogado mar adentro, en la hierba; hace memoria de la noche de los grillos, de la temperatura que despierta a los murciélagos, la noche querida, dormir en tierra firme  
en su cama  
morir.

Y aunque a la hermana le dijera que estaba bien de salud en sus dos últimas cartas, la espuma salitrosa le ha endurecido el llanto y bajo el agua se ha perdido la

excitación de las conquistas.

Cansado de abandonar el equipaje en puertos luminosos, cansado del horizonte de Ulises, de los delfines, del tuétano de algas, desea no ser libre, dormir en tierra firme

en su cama  
morir.



---

## ELISA ROMERO

### si un instante de otoño, el invierno

(poema de azar)

«yo quisiera dedicarte un lenguaje sin palabras...

#### I

**la mirada...**

la tierra

el aire

el agua

el fuego

le ogeuf

le auga

le eria

al arreit

**al adarim...**

*(el jilguero en la alondra...*

*en el viento solo, sólo el viento)*

#### II

**noviembre**

pardo y otoño

vestido de frío...

un rubor de nubes  
en tardes tendidas  
sobre los tejados  
de la ciudad muerta,  
lentas horas ocres  
en los tiempos mudos  
de rotas esferas;  
árboles desnudos...

noviembre  
pardo y otoño  
vestido de frío...

*(invisibles pájaros  
en vuelo amarillo)*

### III

**como alfareros**  
modelaban sus cuerpos  
de tierra y agua

el ara fría  
era su torno

*(danza inmensa y barro de las palmeras)*



IV

**la trufa y las cerezas**

en los bordes de la copa;  
la fragancia  
en los filos sedientos de la copa  
acercando orillas al abismo

*(aleteo de almendros en el aire)*

V

**el zumo de la luna,**

el punzante licor de bronce y menta  
en tallo de amapolas  
apurado  
hasta el fondo;  
y los finos marfiles  
rebanando en rodajas  
el deseo

*(lluvia de amarantos sobre la piedra)*

VI

**del fruto duro y agrio**

y tembloroso  
la tersura turgente;

la firmeza feroz salada y densa  
de cálidas arenas

*(libación de los jugos del barbecho)*

## VII

**y subir, subir, subir; su-  
bir** hasta rozar  
la música  
de un llanto de alcotanes  
que han perdido el rastro  
azul  
de las libélulas

*(afuera, el ciclamen para nadie)*

## ...y el invierno

(más allá de la vida, la vida)

«... un lenguaje que quedara oculto a todos los oídos;

## I

**el cierzo aviva**  
un brasero de alondras  
en el trigal

## II

### **bandadas de ángeles**

sobre las heridas  
de invierno  
en la piel del otoño

en sus alas de nube  
la sangre  
gruesa y grana  
de las grietas profundas

de sus besos de armiño  
peces de nieve  
en mis labios

## III

### **un cuchillo**

segándo-  
me la lengua  
sombras verdes  
ciñéndo-  
se a mi talle

aguijones  
clavándo-

se en mis sienes  
 ojos hueros  
 helándo-  
 me la entraña

y ladri-  
     llo asfal-  
                     to grani-  
                             to boci-  
                                     nas bocanadas  
 de voces y aire espeso  
 pesándome en mi paso por las calles

#### IV

#### **hombres de fuerza ancha**

-perceuales-  
 levantando  
 a espumas de miel  
                     la luna

niños de pan de ángel  
 -querubines-  
 dibujando  
 a trazos de añil  
                     el cielo

aves de vuelo alto  
-soledades-  
empujando  
a soplos de luz  
las nubes

mujeres de voz verde  
-basiliscos-  
anegando  
a flemas de hiel  
la boca

coros de lengua anónima  
-estiletos-  
decidiendo  
a cortes de azar  
la vida  
*(no somos  
sino proyecciones de otros)*

V

**ser**  
rescoldo  
del sol guardián de  
jardines celestes  
doncellas  
fugaces manzanas

de luz  
en la tarde sangre  
de brindis con cáliz  
mujeres  
doradas tendidos  
al viento sus senos  
rotundos  
médanos en llamas  
las manos  
**ser**  
ninfea  
imposible rosa  
siempreviva  
abierta  
en la roca llaga  
yeso y agua  
silenciosos pétalos  
de sal  
en los ojos mudos  
gotas de la luna.  
Y pasos ahogados  
en la arena

*(ser sólo por que seas)*

## VI

**bébet** en jugo  
de amarilis y arcilla  
la flor de invierno

VII

**un sapo salta**

desde el musgo de piedra  
contra la noche

quiebra la luna  
en pedazos de río  
porque era de agua

VIII

**la mirada rompe**

contra espejismos  
arrastrando en los ojos rumores de cisnes

la lengua se rasga  
en jirones de piel en sangre viva  
reteniendo los besos

la memoria arde los pabilos  
acariciando surcos de olas en las piedras

las manos buscan en el aire  
el trino turbador de las sirenas  
abriendo vuelos de agua en cielos invertidos

flores de azel  
pronunciando silencios

*(por el océano, agua de alondras)*

**IX****caminar**

por reflejos en barbecho  
galopar  
los erizos desbocados  
abrazar  
transparencias de medusa  
ocultando el bostezo de las aguas  
tras las rocas

atrapar  
las miradas de cometas  
bajo un viento morado de algodón  
soportar  
el zarpazo incandescente  
resistir  
los cuchillos de la arena  
contra el cobre

acostarse  
en el vuelo de una pluma  
abismarse  
en la sima de las sombras  
penetrando tinieblas espirales  
rendirse  
a la caricia de las ondas  
sobre escamas



titilar  
con los brillos de la luna  
silenciando el mercurio de los peces  
y desaparecer  
en holoturia

X

**febrero**

languidece de noviembres...  
arrullado su sueño  
de agua y tierra  
por la voz

v

e

r

t

i

c

a

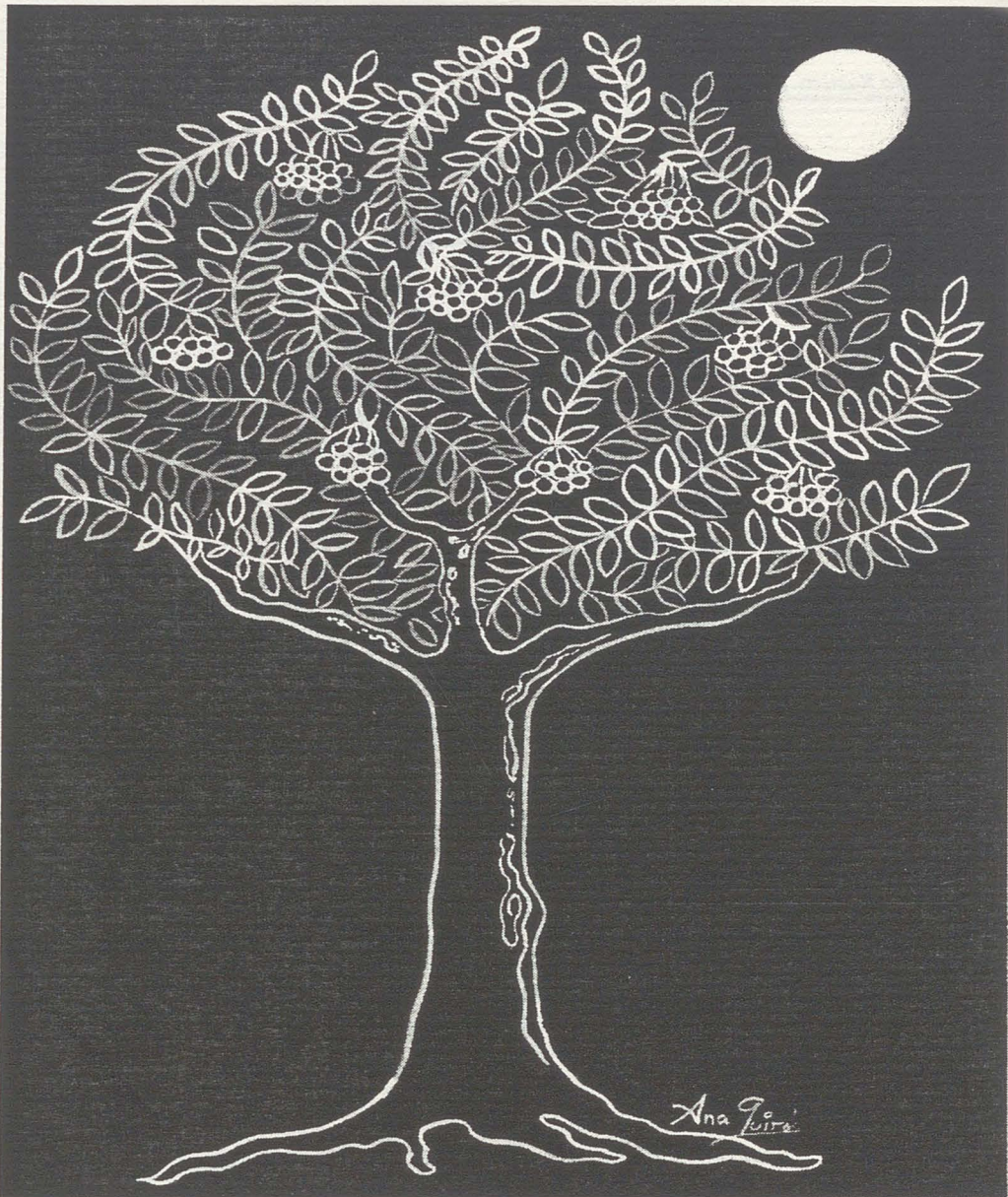
l del infinito

duerme la alondra  
en alas del jilguero

*(de lejos, primavera equivocándose)*

...a decir verdad, si incluso yo hablara entre la multitud  
ningún oído salvo el tuyo me entendería»

(poema sufi)



## Ausencia de luna

*a mi madre en su menguante  
24 de diciembre de 1999*

la luz,  
esa luz diminuta y afilada  
de las estrellas...  
no hay luna esta noche,  
se la ha llevado el sol  
entre sus brasas  
ávidas de magnolias;  
se han bañado desnudos en la niebla  
y han rodado sus lumbres  
confundidas  
por la línea del atardecer

brotan diamantes  
estertores  
en la lívida estancia;  
desde los barrotes  
de la cuna última,  
se alzan guitarras  
empapadas  
de frío y flaccidez  
enredando con sus cuerdas  
a la muerte  
disfraces

de plástico y metal  
(la vida es una trampa  
inexorable)

se ha quedado la noche  
sin notas ni contornos,  
sin mirada  
rotunda.

Acaso  
la oculta bajo el barro el horizonte  
o se equivocó de cielo,  
simplemente

## **DAVID CALVO VÉLEZ**

**Tú no entiendes la vida, la has creado**  
pero haces que resulte indiferente.

Repítete, confunde  
la nostalgia del rostro con el mundo naciente;  
expícame las cosas  
por vez primera, como si antes  
no hubieran existido, como si algo quebrara  
cada uno de los labios  
que atrevidos pronuncian.

Con tu presencia  
das color al origen, vas nombrando los seres  
y los haces distintos, adornando  
la tierra con paisajes ilusorios.

Las márgenes se pueblan de suspiros,  
pero no son verdad, devienen gotas  
que torpes se deslizan, provocando  
traslúcidas palabras, voces que caen al suelo  
y estallan en la hierba.

Has enlazado el corazón  
con los instintos, y llenas  
la mente de proclamas, y te entregas  
tan hermosa

como aquel primer rostro que ascendiera  
hasta tu cuerpo, y lo afirmara noche.

Sedúceme, agua madre,  
bello nombre  
ha de pensar por dos, que ha de expresarse  
aunque no lo pretenda, en este verso  
que nacido del mar se hace palabra.

**¿Cómo ha ocurrido?**

No sabría decirte.

Estás aquí, y miras  
alrededor con infinita ausencia.  
Y te pregunto por nosotros  
mientras cierras los ojos y te evades  
del viento que amenaza el horizonte.

Estamos solos, tan solos que podríamos quedarnos  
ya juntos para siempre;  
podríamos querer otros motivos,  
otras nuevas canciones, otros seres;  
adentrarnos  
en el seno del mundo que se expande  
en medio del ocaso.

La soledad es manto del que huye  
pero no nos importa.

Apenas  
han bastado unos segundos  
para crear de nuevo.

No tenemos  
que avergonzarnos de esta dicha,  
del silencio que envuelve nuestras caras.

Si al menos, me susurras, nos quedara  
una parte de aquello que no fuimos...

Y arrojas tu verdad fuera del alma,  
hacia un lugar maldito y desolado  
donde las luces palpitan felices en la nada.

## PACO MORATA

### FAME COACTA VULPES...

*Fame coacta uulpes alta in uinea  
uuam adpetebat...*

Fedro. - De uulpe et uua

Tan lejos, en la arena de aquella mar doméstica poblada de medusas, el cuerpo de una diosa naciendo de la espuma una mañana; comiéndose las olas su cintura, tus ojos sus caderas; bebiéndote el deseo, la baba, a tragos largos, mientras ella, plástico y sexo, anda descalza a desplegar su hermoso cepo en una toalla, rebozada de aceites su piel, como de mieles donde quedan prendidas miradas de moscones, presos de patas o remisos: «No están maduras»-murmuras, viejo zorro; no te gusta admitir que hincarías gustoso el diente en esas uvas.



## GÉNESIS

*Los ojos de fuego, la nariz de aire,  
la boca de agua, la barba de tierra*  
(W Blake, Proverbios infernales)

### 1.-

No tiene rostro,  
sólo espalda  
y miembros aplastados contra el polvo,  
porque no hay nada  
más allá del adiós,  
de la absurda desolación  
de lo invariable,  
del adentrarse en la tierra y en el tiempo  
pasado,  
en la memoria frágil  
que se destruye en la lucha  
por su propia identidad  
-ciega pescadilla que buscase  
la cola sin hallarla- y acaba  
por huir de su cuerpo  
como si nada hubiese en él  
más que fantasmas y no fueran  
sus miembros instrumento sino vía  
fatal por donde fluye el alma  
al oscuro sendero del olvido;

y no es tristeza, es estar  
presente pero inútil,  
provocar muchas muertes en aquellos  
que metieron en su vida la presencia  
de esta piel que fuera luz  
y ahora es ceniza,  
de la voz modelada en nuestro pecho,  
de esta lengua  
que compartiera la sed de todos ellos;

es no volver nunca más a reflejarse  
una cara,  
amiga o rechazada,  
en el fondo de estos ojos  
hoy perdidos;

es dejar de ser y depender  
de la fuerza que hayamos conseguido  
fijar en el recuerdo de otra gente;

es un fraude a los hombres,  
un ser sin rostro  
y sin palabras.

2.-

Recuerdo con tristeza  
el paisaje después de la batalla:

decepcionante dominio de sombras  
sin contraste, de tierras infecundas,  
de polvo levantado a capricho  
por el viento, de silencios monótonos;

y el aire -el aire allí cuando la muerte,  
el aire ahora, en el silencio,  
el aire que no es causa, pero está,  
que mide el tiempo,  
que soporta el ayer y trae el futuro-  
trajo un ritmo:

algo,  
que al principio nada supo explicar,  
se hundió en la arena  
y perdieron su forma definida  
la sombra y el silencio;

se fue el polvo y vino el barro  
y la violencia del sonido,  
el imperioso martilleo de las gotas  
enfrentadas al aire,  
callado, neutral, vivo-y-muerto,  
vencido por el ruido;

y cuando el mar abrazó a la lluvia  
victoriosa sobre aquellas muertes  
de faz difuminada

latigueó la sangre en las semillas  
de la raza futura de los héroes.

### 3.-

Eliecer despertó  
en el fondo del lodo,  
se conoció más allá  
del cerco que encerraba  
un resto condensado de vida,  
alargado a unos miembros unánimes,  
dueño del movimiento.

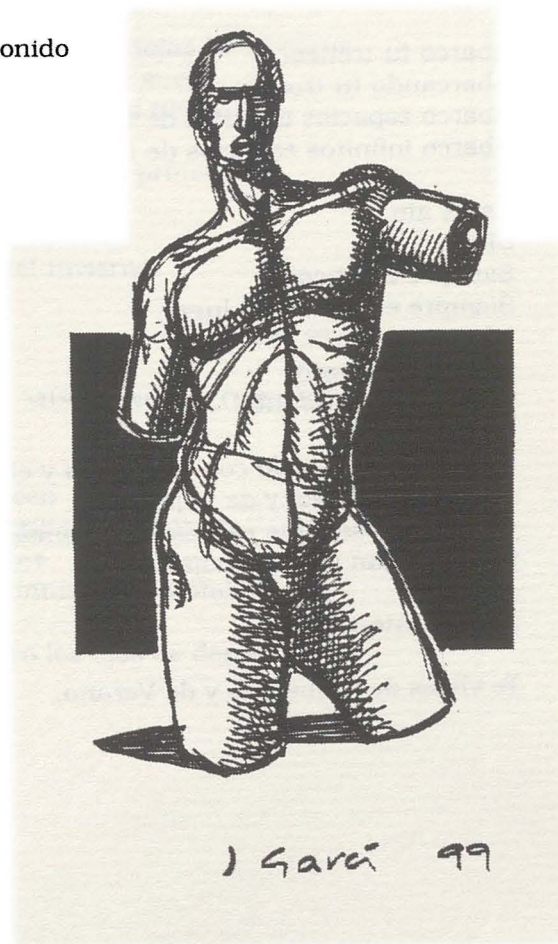
Hijo del mar y de la lluvia,  
modelado en barro,  
cocido en la inconstante  
hoguera del amor,  
arrancado del aire y de lo inmóvil,  
sintió la llamada de la luz  
y sacó,  
del fango acumulado en los ojos,  
la mirada;

tomó posesión del futuro,  
del cielo fértil de la agricultura  
y el dominio del fuego;

cogió una piedra,

símbolo natural de lo compacto,  
y la levantó  
como homenaje  
a los dioses;

rodeado de otros hombres  
emitió,  
como primer sonido  
el canto.



**MARÍA AUXILIADORA LÓPEZ  
RODRÍGUEZ**

**EL ÁRBOL**

Abarco tu tronco.  
Abarcando tu tronco:  
Abarco espacios infinitos de tu memoria.  
Abarco infinitos espacios de tu tiempo.

Estás ahí...  
Siempre fijo.  
Siempre estático.  
Siempre en el mismo lugar.

... ¡Y tan distinto!  
¡Siempre tan distinto!

Unos días hablando con las nubes y el viento;  
otros pleno de sol y de pájaros  
y de mariposas que saludan tus ramas  
y que hablan con tus hojas.

¡Cambiante siempre!

Te vistes de Primavera y de Verano,

de colores de Otoño...

Y en Invierno te despojas...

Lo das todo.

Infinitamente desnudo quedas con la brisa  
y con la madrugada.

Pronto van a caerme las hojas de tu carne.

Hojas que alfombrarán el suelo

... y se harán tierra con la tierra.

Te quedarás así, como al principio.

... y seguirás permanente

en la memoria del Invierno.

*Septiembre, 99*

### **MIS MANOS FLORECEN**

Mis manos florecen

cada vez que escribo una palabra.

Mi corazón se abre

cada vez que pronuncio un nombre.

Crece mi alegría

cada vez que abro los ojos de dentro

y veo lo invisible.  
Yo me crezco  
cada vez que me amo a mí misma  
y me dedico un tiempo irrepetible.  
Yo avanzo  
cada vez que intuyo la posibilidad  
de no pegarme al suelo  
ni a lo provisional  
ni a lo precedero...

## **BUDHA**

El Budha del sufrimiento.  
El Budha del dolor.  
El de la muerte.  
El de la próxima reencarnación.

Los cachorros, de nuevo incorporados  
en el vientre de la madre.

Hoy siento a Budha  
en mi corazón alegre  
de finales de verano.



**JULIA PONTES****NO HAY ALEGRÍA EN MÍ**

Esperando en mi ventana,  
una rosa se marchita  
y un pájaro languidece,  
que no hay alegría en mí  
desde aquel día sombrío  
en que te fuiste,  
¡amor mío!

Vuelve pronto,  
que no hay esperanza en mí,  
ni alegría, ni contento,  
que no siento tu calor,  
¡que estoy sola!,  
¡que me muero!

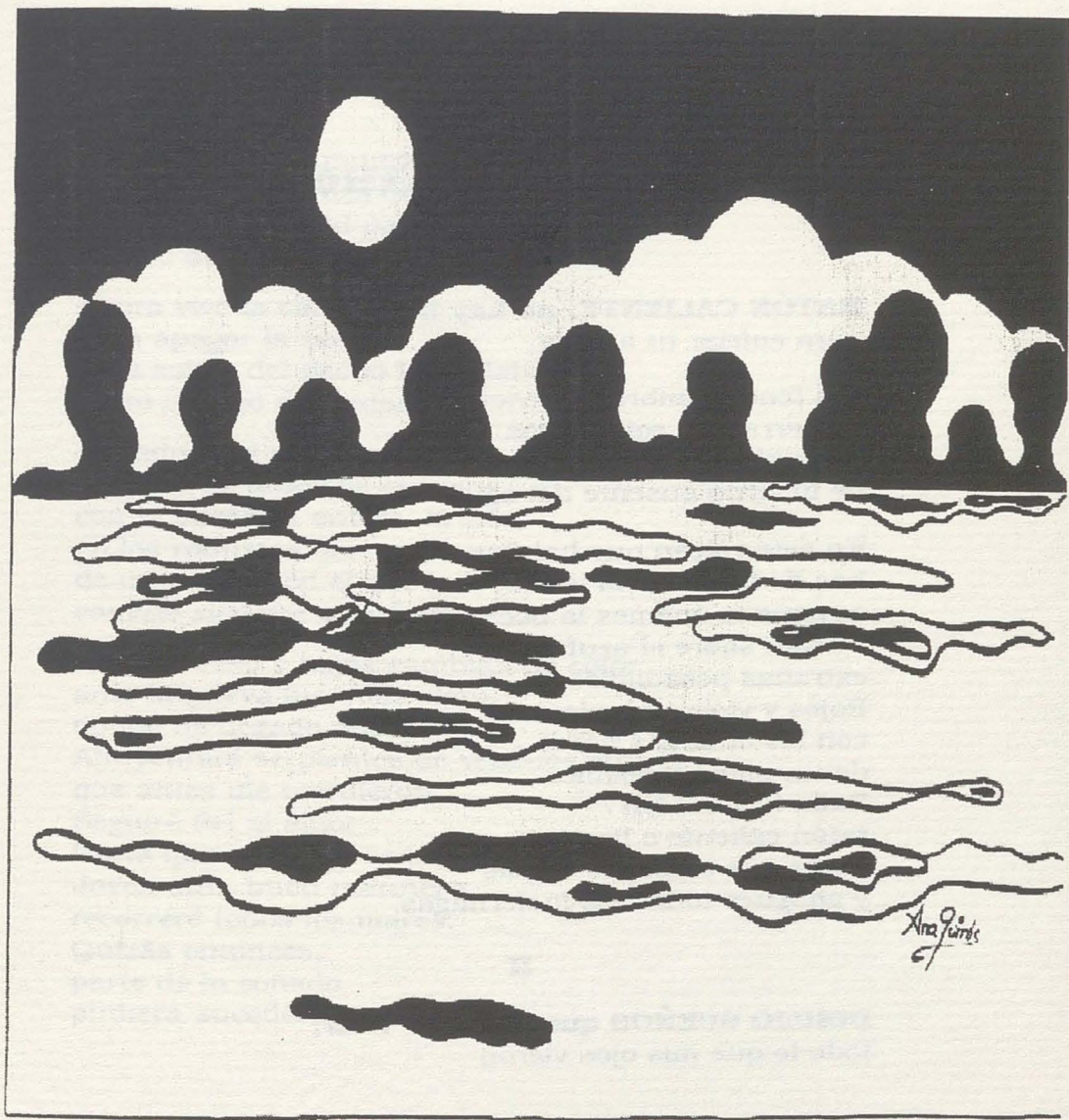
La rosa de mi ventana  
ya no vive  
y mi pájaro no canta  
desde aquel día sombrío  
en que te fuiste,  
¡amor mío!

**SIN ESTAR VIVO VIVIENDO**

Mis manos están vacías,  
mis labios están helados,  
mis pechos están dormidos,  
que ya no hay cariño en mí,  
que ya mi alma se seca.  
Ya no siento.

Soy como piedra de molino,  
que gira sin darse al viento.  
Soy como campo de trigo  
segado antes de tiempo.  
Ya no siento.

¡Qué triste quedarse así,  
sin estar vivo, viviendo!



## ÁNGEL VILLAMOR

### I

**RATÓN CALIENTE, no hay hora**  
para enfriar tu agonía.

Sin tener sombra ni invierno  
no cerrará el sol los ojos,  
ni cambiará su linaje  
de infierno ausente del agua.

En este volcán que habitas  
has de beber de la lava  
aunque te quemes la boca.  
Vuelan sobre el azufre  
extrañas pesadillas.  
Rojos y violetas bailan  
con las amargas notas  
de un piano invisible.  
Baila tú también  
ratón caliente o llora  
hasta que empapes tu piel  
y ahogues todas las luciérnagas.

### II

**DIBUJO SUEÑOS que no pude vivir;**  
todo lo que mis ojos vieron

sobre la piel del mundo.  
El viento y la ceniza que tocaron mis manos  
caerán rendidos al papel  
blanco de espera.

Ahora vivo la calma  
para apagar la sed,  
para soltar del pecho las palabras  
tanto tiempo dormidas.

Abandono el silencio  
cuajado de utópicos venenos  
con la obsesión entera, firme  
en los robustos brazos  
de un pasado en el que la locura  
caminó siempre a mi lado.

Arenas, cielo y hojas cambian de color  
ante la nueva luz, más clara,  
donde he llegado ahora.  
Ahuyentaré serpientes de venenos sutiles  
que antes me mordieron.  
Seguiré fiel al amor  
hasta que no tenga sentidos.  
Joven aún, buen marinero,  
recorreré todos los mares.  
Quizás entonces,  
parte de lo soñado  
pudiera sucederme.

## **FRANCISCO DE LA TORRE Y DÍAZ-PALACIOS**

### **YO, REO DE AMOR**

Yo confieso,  
ante vosotros, amigos y hermanos,  
que he amado mucho de pensamiento,  
palabra, obra y omisión.  
Por mi orgullo,  
por mi soberbia,  
por mi gran culpa.  
Por eso ruego a la POESÍA con mayúsculas,  
siempre dueña de mis nostalgias y mis ilusiones,  
a los que me queréis,  
a los poetas,  
a vosotros amigos y hermanos,  
que intercedáis por mí,  
ante Dios, no el pagano Eros, veleidoso y cruel,  
sino ante nuestro Señor, Dios de dioses,  
para que perdone  
-por los muchos errores con la mujer  
que tanto me dio para apenas recibir-  
mi ceguera  
y la transforme en luz,  
al menos en el instante último  
de mi soledad.

## SIEMPRE QUINCE

Quince tirabuzones,  
quince, como los años  
de mi primer amor.

Quince las ilusiones,  
muy puras, sin engaño,  
con afán, sin clamor.

Quince fueron sus dones,  
no menos. Sin más daño  
que mi hiel a su candor.

Quince y más emociones  
sin mediar un regaño,  
ni un tic de desamor.

Quince mis sensaciones  
ausentes de redaños,  
al ver su faz sin calor.

Quince mil oraciones  
ante el óbito extraño  
de aquel primer amor.

## UN NIÑO PIDE UN CUENTO

Quieres que te diga un cuento...  
¿Cómo es posible?  
¿No sabes que los cuentos los barrió el viento  
en ese tiempo de expolios, de crímenes, de necios  
que es nuestro tiempo?

Si intento hablarte  
de milagros y de hombres buenos  
se me ofusca la mente,  
un nudo complejo  
me aferra la lengua  
y adivino lejanos  
los párrafos y halagos de mi madre  
antes de cerrarme los ojos cada noche,  
cuando las estrellas eran vírgenes  
y yo era tú,

Niño, convéncete,  
no quedan cuentos  
en el corazón de los hombres,  
y se niegan a nacerlos.  
En vez de cuentos hacen cuentas,  
más que de juegos saben de juergas  
y, en lugar del cielo, miran a la tierra.



¡No me pidas un cuento, chaval!  
Pídeme un lago de cieno  
o un rosario de errores  
o un catálogo de historias violentas  
y te daré ciento.

### ENCUENTRO CON UN DESENCUENTRO

Papelillos de colores  
meciéndose en el espacio,  
como barquitos de vela  
sobre mares encrespados.

Silencios tenues, miradas,  
ayer caricias, hoy halagos...  
Como una celda del tiempo  
en un penal sin penados.

Los mismos ónices brujos,  
iguales rubíes bravos.  
Todo un milagro de luz  
inalterable en los años.

Sin embargo, surge ahora  
un desencuentro impensado,  
en el que besos de ayer  
son una lámina en blanco.

Y los nocturnos intensos,  
con la luna en el armario,  
han renunciado a otra alba.  
Y en el cenit del abrazo,  
los hitos de la pasión  
viven un malva letargo.

Ella, mujer o, tal vez, diosa o musa,  
y él hombre, un señor o un esclavo,  
violaron una tarde moribunda  
el dulce eslabón de un poema nimbado.

No hubo un dramático gesto de adiós.  
Hubo un instante, ¿por qué negarlo?,  
místico, helado, de brasas, de sangre,  
de vino, de rosas, de magia ... Algo.

Sin embargo, surge ahora  
un desencuentro impensado.  
Bello, sí, aunque incapaz  
de insuflar lo que es pasado.

---

## JESÚS RUBIO

### I

EL AMOR. LA PASIÓN, CUANTO DESEO,  
el tiempo, la memoria... Al cabo: vida;  
todo y nada, cualquiera cosa anida:  
el olvido, la muerte, cuanto veo.

Protegerse, salvarse del Leteo,  
tomar, saborear la acometida  
de ti, de mí, de todos tan transida.  
Del metal y la llama yo soy reo.

Más, más, más, pido más, no se me niega:  
el aliento, la sal, la tristedumbre...  
piedad y compasión y caridad.

Ofrezco poco, poco, mas me llega...  
Arriba, las estrellas, en la cumbre,  
mis luces protectoras. (La verdad).

### II

LOS DIOSES MORIRÁN. NADIE LO DUDA.  
Una noche quizás, o al mediodía.  
Cantaré -cantarás- la letanía  
sin música, sin son, con arpa muda.

Y lo saben. (Tal vez alguien acuda).  
En su mano, cuchillo de luz fría.  
¿Sus ojos? Son venganza y profecía.  
¿El azar? El destino se demuda.

Y sí: la sepultura, ornamentada  
de metal impostor, de vana piedra,  
sin nombres, sin recuerdos y sin fechas.

¡Justicia! Sí. Justicia encomendada  
al olvido que empuña la audaz yedra.  
Es deuda con las ánimas maltrechas.

### III

EL TIEMPO SUS EJÉRCITOS ENVÍA.  
Audaces, temerarias, sus legiones.  
(La rendición será sin condiciones).  
Ruego merced, piedad en este día.

No escucha. ¿Corazón? ¡El mío ansía!  
Brillan y me deslumbran sus galones;  
sus soldados, ebrios bravucones,  
acaban con tu luz sin agonía.

Te busco, no te encuentro: te has marchado.  
Tan lejana, tu voz no la recuerdo.  
«Ejecutadla», dijo el general.

Y tiemblo, solitario, atrincherado.  
Ya llegan. (Me resisto mas me pierdo).  
Tus ojos... (Creo verlos al final).

#### IV

EL MAR SOBRE LOS CIELOS. ES EL FIN.  
La tierra, desolada. Nada queda.  
Silencio... El agua anega la vereda.  
Rasga el viento su tristísimo violín.

Sobre un árbol solloza un arlequín  
alivencido. El sol es moneda.  
Las espinas destrozan esa seda  
ingenua de mis sueños de delfín.

¿Y mis manos? Vacías, ateridas,  
arañan los recuerdos. ¿Y mis ojos?  
Son fantasmas que buscan sepultura.

Un coro de palomas... ¡Malnacidas!  
El corazón es campo edén de abrojos  
y entrega la memoria su armadura.

#### V

CAMINO SIN RELOJ CORRIENTE ARRIBA.  
El aliento, cortado, demudado.

nací para un instante ya acabado.  
Mi alma entre tus ojos es cautiva.

Insomnio, duermevela, muerte viva...  
Soy un negro pantano desolado.  
(Fuego, mi fuego, ha sido sofocado)  
Dentro de mí, voraz, la muerte liba.

Un momento fugaz, en otro día,  
encendió mis planetas mortecinos.  
No fui yo. Fue tu luz samaritana.

Aquella tu canción en mí solía  
abrir palacios, fuentes y caminos.  
Mi vida -un sobresalto- ni fue vana.

## VI

LA LLUVIA CON SUS LÁGRIMAS: LA VIDA.

Así nos trata, cálida o infiel,  
almíbar o limón, azúcar, hiel.  
Como a la tierra: fértil o aterida.

La lluvia con sus lágrimas: la vida.  
Nos anega, nos alza: timonel.  
Acuna enredaderas y laurel.  
Como a la tierra, fértil o aterida.

La vida: como un pez en nuestras manos.  
Nosotros: como un pez entre sus dientes.  
El tiempo: como un pez en el vacío.

Lluvia, peces, laureles partisanos...  
Avispas que se ocultan en las fuentes...  
La vida: sus alientos y su hastío.

## VII

«ÓRBITA CEMENTERIO». LO HE LEÍDO.  
¡Los despojos humanos en el cielo  
danzando, sempiternos! ¡Qué consuelo!  
Así todo mi aliento: a ti prendido.

Luna: en toda mi vida es lo que he sido.  
No me duele, no lloro. Fue mi anhelo.  
Mirarte, aun a distancia, mi desvelo,  
siempre fiel, siempre atado... Así he vivido.

«Órbita cementerio»... Navegantes  
desafíos del nuevo Prometeo  
yacerán al vacío tan indemnes.

Y mis restos, vigías y danzantes,  
leves, como ceniza, yo deseo  
que bailen frente a ti valeses solemnes.

**VIII**

CREEMOS EN LOS GATOS LIBERTINOS,  
en las putas sin dientes que asesina  
el tiempo conjurado con la inquina.  
Hacemos el amor en los caminos.

Tenemos carruseles y aladinos,  
alientos y latidos. La divina  
silueta de un arcángel nos inclina  
a conquistar la Arcadia de los vinos.

Alzamos intenciones desabridas,  
y en las manos, querencia por el cobre.  
Decimos, con la voz que nos legaron

gargantas mercenarias y escondidas,  
que mueve nuestro son el viento pobre  
que todos los vencejos adoraron.



---

## **RUBÉN SÁNCHEZ LÓPEZ**

### **A NUESTRA SOLEDAD**

A ti llegamos ebrios de ceniza,  
como si un beso que no asiste,  
como si una rosa púbrica de invierno  
que es tragedia de perfumes y abandonos  
o un ave de fieltro con caducas alas.  
A ti llegamos con herrumbres de cristal entre los labios  
y el vigor de una caricia en fuga sin su carne.  
Es entonces cuando un poso de nostalgia viva sobreviene:  
son residuos de querencias desistidas,  
amargas germinaciones,  
estatutos de convulsa llama vestigial,  
y no hay más que una mejilla de jazmín incandescente  
con pavesas de dolor recién libado.

A veces esperamos presunciones de un acaso,  
de un tal vez desestimado,  
de un quizás dormido de distancias.

Es posible respirar la putredad diaria  
de cada hora caída,  
de cada decisión asesinada sin origen  
que en la pura soledad se nos promete.

A ti llegamos entre cunas de fatiga,  
entre rastros de adioses prematuros  
y presencias de añoranza sin suceso.  
A ti el dolor con brusquedad de llanto,  
a ti el designio de la sangre sola,  
la voluble indecisión de una caricia hueca,  
que sin mano gesticula y toca,  
que sin mano circula y gasta piel de ausencia.

A ti llegamos,  
a ti,  
a ti llegamos a nosotros sin sabernos ser de nadie.

... - ...

**Yo te llamo Amor como es tu nombre...**

Por él respiro en gotas de indecisión amarga  
la extensa latitud de mi silencio solo.

Es él y su color de beso desgastado,  
su humedad sonora en difusión de sangre.  
Es él, lo difunto amanecido  
y un preludio de abandono que avanza,  
que pronuncia mis propósitos pisados con olvido  
y hacen huella de sollozos no llorados.  
Es tu nombre,  
tu vivo nombre sepultado,  
tu indefinición de alma súbita,

tu no saberte ser en mí.

Eres carne y su dolida ausencia,  
un vigor palpable que desiste en mi latido póstumo  
como un arcángel de renuncia.

Aquí mi labio y yo,  
mi solo labio de saliva huérfana,  
mi sonrisa conjugada sin posible tiempo  
que ha olvidado al fin tu nombre.

Aquí mi labio tiene  
un reducto vivo de querencia última:  
en una flor melódica te vivo, y yo te llamo,

yo te llamo Amor como es tu nombre  
por no nombrarte en mí como tú eres.

## FABULACIÓN Y SOMBRA

*A Toledo: mi ciudad dormida.*

### OCRE

Allí donde una lágrima bastaba  
están llorando piedras de dolida sombra,  
y hay un dolor caudal de latitud oscura,  
de negros vórtices lunares,  
por el que el tiempo viene solo y no palpita.

Ya no es sino la niebla que ha mordido las paredes,  
la niebla y su arrabal de bruma anónima en la piedra.  
No son sino los siglos de latencia triste  
si es que el tiempo viene solo.  
si es que el tiempo viene huérfano de fecha,  
con un resto de una rosa sometida en el silencio.

Hablo de una estancia decididamente trágica,  
de sus fósiles residuos de sombra coagulada.

No es posible declarar una sonrisa  
sólo allí donde el olvido se instituye,  
donde el tiempo estigmatiza la nostalgia  
a puro golpe de tiniebla respirada.  
La sombra dictamina su dominio funeral,  
su canción añeja,  
sabe a luz desestimada,  
a noche vestigial que vive en pena,  
y no hay recodo para un beso,  
no hay ciudad tan puramente triste  
que viva de su muerte en remembranza.

Silencio:  
están llorando piedras de dolida sombra,  
son estas calles viejas en letargo,  
y nadie escucha, nadie escucha,  
allí donde una lágrima bastaba.

---

## ANTONIO ILLÁN ILLÁN

### ¡QUÉ MÁS DA EL DOS MIL!

Permanece sólo el sueño,  
los dígitos cambian cuando el año cambia.  
La batalla de Harmagedón no inquieta la memoria del  
[futuro.

La vida es un fenómeno tenaz  
que habrá emigrado, cuando el sol se apague,  
a otras estrellas.  
Mientras tanto, los ojos se me agarran al presente,  
no veo que reciclen vidrios, chatarras y papeles las fá-  
[bricas  
que engendran bombas y gases lacrimógenos,  
no siento a los gobernantes pidiendo perdón por las ma-  
[tanzas,  
y entre muros salta como un tigre la paz  
que, de nuevo, se ha eclipsado,  
no es, como debiera, patrimonio de la humanidad.

Vamos más allá de lo que tenemos cerca.  
Soñamos otros mundos de horizontes infinitos, porque  
[nos duele la conciencia  
de niños polvorientos correteando por las calles de las  
[favelas

con un riñón de menos y una cicatriz en la cadera.

Sí, ya es el dos mil,  
sin embargo el banco mundial no es el banco de los po-  
[bres,  
los países ricos no condonan las deudas y sigue la con-  
[dena.

Unos hablan de internet,  
muchos siguen sin escuelas.  
La solidaridad llena de palabras los discursos disparate,  
[pero...  
sólo cambian los dígitos cuando los años cambian, y na-  
[die tiembla.

Nos toca volver al sueño que se pierde,  
mantener en el equipaje diario la esperanza  
para arroparnos de optimismo  
y dejar que algún huracán huracanado  
engulla en su torbellino la tristeza.

## **JOAQUÍN COPEIRO**

### **I**

A un intelectual de pelo blanco,  
con pensamiento crítico, y ateo,  
se le murió un amigo de repente,  
y, recordando al hombre que había muerto,  
pasados unos días, se consolaba  
observando unos chopos y escribiendo  
que su querido amigo  
sin duda sabía más después de muerto,  
porque ya finalmente conocía  
las claves más profundas del misterio,  
las mismas claves que los papanatas  
que andamos por aquí desconocemos.

¡El muerto consiguió sabiduría  
a cambio de silencio!

### **II**

¿Qué se puede objetar a lo anterior?  
¿Y cómo rebatir el argumento  
de un intelectual de pelo blanco,  
de pensamiento crítico, y ateo?

**III**

Un poeta, por sólo una palabra,  
todo un mundo ofreció con claros versos.

**IV**

Al cabo, otro poeta,  
una noche enlutada por el miedo,  
la palabra pidió con grito firme  
y su indómita voz se fue extendiendo  
por fábricas, por tajos y por minas,  
por estaciones y por aeropuertos,  
y fecundó los campos, y en las aulas  
hizo saltar los pernios.  
Y una vez que la tuvo, la palabra,  
la esculpió con sus manos y sus versos  
en la parte de acá de la ribera,  
a cambio de su vida y de su tiempo.

**V**

Y un poeta también, roto su llanto,  
del lado más lejano del océano,  
reclamó la palabra,  
la empuñó y la lanzó con fuerza al cielo  
para partirle a Dios el cráneo, y ver  
si la Luz o la Nada estaban dentro.



**VI**

Hubo, en fin, otro vate de la vida,  
y, con perdón, *verbófago* confeso,  
que amaba las palabras de tal forma,  
que su solo alimento  
palabras eran, puesto que para él  
todo está en la palabra: el fuego, el viento,  
el mar, la tierra; todo cuanto existe:  
lo que nos emociona o nos da miedo.

**VII**

¡Y el intelectual de pelo blanco,  
de pensamiento crítico y ateo,  
se arranca con la murga  
de la sabiduría y el silencio,  
porque un amigo suyo, de repente  
-lo busca entre los chopos-, se le ha muerto!  
Si aún están los pájaros cantando  
y en las ramas apuntan brotes nuevos,  
¿cómo a cambio de un poco de ignorancia  
no llenar el silencio?

¡No demos, pues, dos higas por los dioses:  
llenemos el silencio!  
¡Llenemos el silencio!

**ANA ISABEL RODRÍGUEZ ORTEGA****Aquellas noches del Alma...**

*«¡Ay!, en la oscura noche de mi alma,  
¿cuándo amanecerá?  
(G.A. Bécquer)*

Hay noches  
en las que todo nos parece nada,  
en las que no somos más  
que un minúsculo fragmento de arena  
perdido en la desolación,  
olvidado del mundo.  
Feliz en su soledad inmensa...

Noches en las que,  
aunque el tiempo camina con lentitud,  
nosotros, sin embargo,  
nunca avanzamos...  
Detenemos  
inconscientemente la existencia,  
ni siquiera sabemos quiénes somos  
o por qué nos ha tocado  
vivir...  
(Las preguntas afloran sin cesar).  
Y nos vamos deshaciendo,  
poco a poco,  
a medida que transcurren los versos,

hasta diluirnos en el interior  
de un mar sin salida,  
complicado, vacío, a la vez lleno,  
ignoto...  
(Y sufrimos).

Noches  
que nos preguntan por el alma siempre,  
sin ocultarnos su blanca faz,  
mientras nos vierten de lleno  
al recuerdo, desnudas,  
caprichosas,  
ávidas de melancolía  
o de lunas cadavéricas  
que alguna vez nos empaparon  
de lágrimas el silencio...  
(Y sufrimos).

Noches frías y escurridizas, noches  
de ausencia y de olvido,  
insomnes,  
oscuras, como el lejano aullido que dejaron  
los días,  
hoy tristes sin ti,  
como el profundo hueco que existe  
entre el mar enigmático y el cosmos,  
-como el ayer-.  
Y sí, son noches de trémulas letanías

junto a los cristales grises  
heridos  
por una lluvia ingrávida,  
junto al fuego evocador y a las lánguidas  
estrellas,  
junto a pasados tequieros  
que hoy nos vuelven a morder  
la vida.  
(Y que nos hacen sufrir...)

Y nos hacen sufrir...

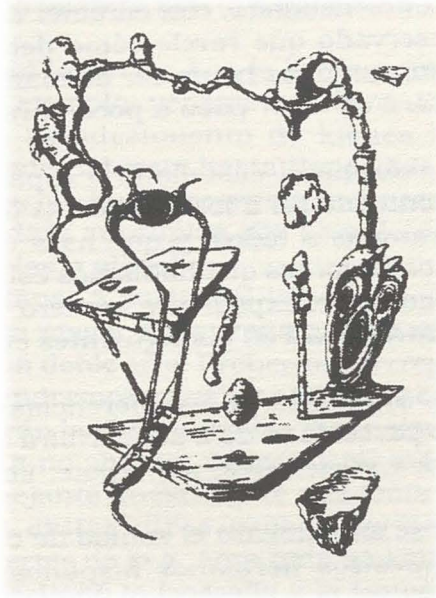
Y sufrimos. Sufrimos...  
(Y con el paso del tiempo quizás  
nos arranquen alguna sonrisa).

.....  
.....  
.....

Sí, son noches  
que nos van recordando con su azul mirada  
que todavía nos quedan  
infinitas sonrisas,  
infinitas  
lágrimas  
por  
besar....

.....  
.....  
.....

(Y entonces,  
                  levemente  
comenzamos  
                  a  
                  sonreír...)



**Reforma ortográfica del Castellano o Español**  
*(Bajo la dirección del Académico D. Jesús Fdez. Archivero del Reino)*

por **Jesús Fernández**

La Real Academia de la Lengua Española dará a conocer en breve la reforma modelo «2000» de la nueva ortografía, que tiene como objetivo unificar el español como Lengua Universal de cara al tercer milenio.

Me han encomendado, con carácter exclusivo, un documento reservado que revele cómo debe llevarse a cabo dicha reforma, pues ha de ser de manera paulatina, y que entrará en vigor poco a poco para evitar confusiones.

Con tal reforma el castellano o español se hará más simple, poniendo fin a los problemas de ortografía que tienden trampas a todos, y que hará que con ello nos entendamos mejor los que hablamos esta noble lengua. De acuerdo con el expediente número 41025 - 99, la reforma se introducirá en las siguientes etapas anuales.

1ª Etapa. Supresión de las diferencias entre c, q y k. Todo sonido parecido al de k se escribirá en adelante con dicha letra; v.gr. téknika, akí, kijote, keso, vakero, etc.

También se simplificará el sonido de c y la z para igualarnos a nuestros hermanos hispanoamericanos,

por lo que se pronunciará, v.gr. el sapato de Sesilia es asul.

Por otro lado desaparecerá la doble c y será reemplazada por x. Por ejemplo: tuve un axidente. Gracias a estas modificaciones los españoles no tendrán diferencias en su pronunsiación con respekto a los hispanohablantes.

2ª Etapa. Así mismo se funden en una la b kon la v, ya ke no existe diferencia de sonido entre ellas, por lo kual a partir del segundo año desaparecerá la v y veremos kómo bastará kon la b para bibir trankilos y kontentos.

Pasará lo mismo kon la ll y la y. Todo se eskribirá kon y. Por ejemplo: yébame a Sebiya. Esta integrasión probokará agradesimiento de kienes hablan el kasteyano, desde Balensia hasta Benesuela.

La hache, kuya presensia es fantasma en nuestra lengua, kedará suprimida por kompleto, así ablaremos de abichuelas o alkool.

3ª Etapa. A partir del terser año de esta implan-tasión, para mayor konsistensiá, todo sonido de erre se es ribirá kon doble erre: Rroberto, me rregaló una rradio.

No tendremos ke pensar kómo se eskribe sanaoria y se acabarán las komplikadas distinsiones entre «echo» y «eCHO». Ya no abrá ke desperdisiar más oras de estudio de semejante kuestión, ke nos tenía artos.

Para ebitar otros problemas se fusionan los sonidos fuertes de la g. Aora todo ba kon j. Por ejemplo: el jeneral jestionó la jeografía y la jeometría.

4ª Etapa. Orrible kalamidad del kasteyano, en jeneral, son los asentos. Esta sankadiya jenera una axión desisiba en la rreforma. Kedarán kanselados desde el cuarto año y abra de ser el sentido komun y la intelijensia de kada kien distinja a ke se rrefiere o komo se pronunsia kada bokablo. Berbigrasia: komo komo, komo komo.

Las konsonantes st, ps, o pt, juntas, kedaran komo simple t o s, para mejorar su pronunsiasión, ke sera asi: kon el kambio propuesto diremo ke etas propuetas osionales etan detinadas a mejorar ete etado konfuso de nuetra lengua.

Tambien seran proibidas siertas konsonantes finales ke poko ayudan al siudadano. Asi se dira: ke ora e en tu relo? La mita de lo aorro son de Agustin. Suprimiendo las s finales, de manera ke diremo: la mujere o lo ombre.

Depue yegara la eliminasion de la d del partisipio pasao y kanselasion de lo artikulo. El uso a impueto ke se diga «bailao», «erbio» y «benio». El pueblo yano e el ke manda.

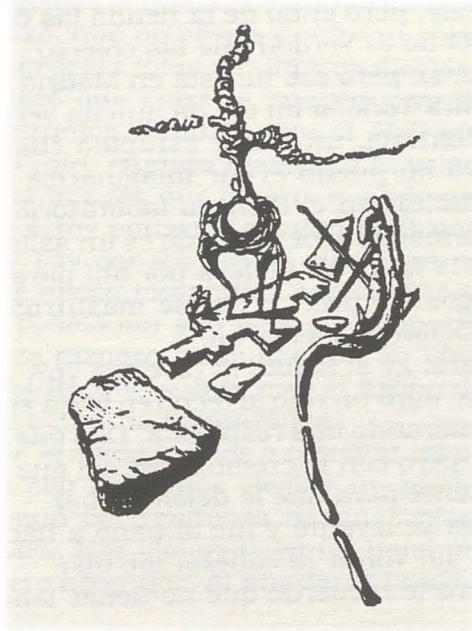
5ª Etapa. Konsiderando ke el latin no tenia artikulo y nosotros no debemo inbentar kosa ke el latin no tuviera, por lo ke el kateyano karesera de artikulo. Sera poko enrreao en prinsipio y ablaremo kual fubolita yugolabo, pero depue todo etrajero beran ke nuevo idioma rresulta ma fasil.

Profesore terminaran benerando akademiko ke an desidio aser rreforma pa ke sere umano gosemo del idio-



ma de Serbante y Kebedo.

Eso si. Nunka asetaremo ke potencia etranjera to-ken kabeyo de letra eñe. Eñe rrepresenta balore ma elebao de tradición ispanika y primero kaeremo muerto ante ke asetar bejasione a simbolo ke a sio korason bibifikante de itoria katisa unibersa.



## EL DESNUDO DE SARA

por **Benjamín Pulido Navas**

-Pero si no las va a ver nadie, tonta. Los carretes ya no se revelan a mano. Todo lo hacen unas máquinas japonesas en una media hora escasa.

-Vale, pero el tío de la tienda las coloca en la carterita. ¿O no es verdad que las coloca?

-Sí, sí, pero ese tío está en Madrid y no te conoce.

-Mira Toño, a mí me da mucha vergüenza. Sé que es una tontería, un pudor estúpido chapado a la antigua, pero no puedo evitar imaginarme la feria que se puede montar en el dichoso laboratorio. ¿Y si el de la puñetera máquina de revelado es un salido, se hace una copia de la foto y se la lleva por ahí para enseñársela a sus amigos?, o peor, ¿y si se masturba con ella cada noche? Definitivamente no.

-Sara, ¿y si la foto la revelase yo?, ¿me dejarías?- Pensativa, miró un rato al techo en clara aptitud de duda, como demorando una respuesta. Dijo que sí, que evidentemente, pero con la credibilidad del que responde afirmativamente para que le dejen en paz.

Sara se levantó y fue al baño a hacer pis, y en el trayecto, sin volver la cabeza, me dijo:

-Pero te recuerdo que no tienes laboratorio.

Yo me quedé con mi Nikon FM 2 nuevecita, flameante, acariciando su estructura de aluminio pulido mientras pensaba que, me gustase o no, ella tenía razón. Pero en verdad sus razones no me convencían para nada.

Me había costado Dios y ayuda poder comprarme la Nikon, una cámara manual tan bien diseñada y resistente a cualquier situación atmosférica, que se llevaba fabricando desde principios de los setenta. Para nada quiero esos ingenios no motor, computerizados, realizados en plasticazo, que no pesan y enfocan solos. Yo deseo hacer mis propias fotos sin intermediarios tecnológicos y no quiero que entre la imagen y yo haya una transición electrónica. Cuando giro el diafragma estoy acariciando mi foto, cuando manipulo la velocidad estoy retocando la imagen que quiero, cuando paso el carrete y disparo estoy pintando el cuadro, el icono, la tabla química, y soy consciente de ello, cosa que dudo sientan los que hacen fotografías con esos ingenios inteligentes que funcionan a la perfección apretando tan sólo el botón de disparo, robando con su eficiencia el trabajo y el espíritu que subyace en el hecho de pensar y realizar en el acto una instantánea.

Ese fin de semana fuimos a estrenar mi nuevo capricho, y para ello habíamos elegido un pueblecito de montaña rodeado de frondosos bosques plagados de castaños y robles. Nos alojamos en un hotel pequeño y muy barato, pero acogedor. Al atardecer habíamos sali-

do a fotografiar el sol atravesando las ramas desnudas de los árboles, al viento menudeando entre las hojas yertas y secas, que como una alfombra, enmoquetaban el suelo. Los riachuelos cantaban sus primeras aguas en honor al invierno cercano, contentos de la soledad de aquellos parajes interrumpida por nuestra presencia.

Cuando la noche anunció su pronta llegada, volvimos al hotel y nos metimos en nuestra habitación. Empezaba a hacer frío y en la cama se estaba muy a gusto, así que nos ocultamos bajo las sábanas y pronto las caricias y los besos sustituyeron a las palabras. Nuestra ropa, que salía de entre el revoltijo de sábanas, mantas y colcha, iba tomando al asalto el suelo de la habitación como una plaga de hongos. El dulce rumor que producen los amantes llenaba el silencio de la estancia, así como se llenaba su atmósfera con olores intensos de saliva, sudor, sexo.

Adormilados por el esfuerzo que supone el amor, las tripas nos sonaban de hambre al unísono mientras conversábamos risueños mirando al techo. De pronto se me ocurrió la feliz idea. Tomé la cámara y le dije a Sara que posara para mí. A ella no le gustaba que le tomaran fotos, y menos desnuda. Entonces tuvimos la conversación que ya conocen, y yo quedé algo decepcionado, resentido. La verdad es que no acababa de creermelo del todo que al negarse a que le hiciera un desnudo, sólo pensara en la mente retorcida del salido y oscuro

personaje que trabaja revelando carretes en el laboratorio de Madrid. «¿Seguro que me dejaría hacerle la foto en el caso de que yo la revelase?. No sé, no sé. A lo peor cree que soy un guarro, simplemente un guarro», pensé mientras enfilaba su hermoso cuerpo hacia el baño. ¿Entendía Sara que mi interés por hacerle una foto desnuda no era, ni mucho menos, erótico o pornográfico? A juzgar por sus palabras sí lo entendía, pero le daba lo mismo y eso me molestaba. Sara anteponía su pudor tanto al arte como a las fotografías vulgares de revista; metía en el mismo saco poesía y basura, y no se entretenía en distinguir cuál de las dos cosas quería hacer yo. Siendo así, opté por lo segundo. Al menos para divertirme. Cuando volvió del baño empecé a enfocarle el pecho, el pubis, le pedí que se abriera de piernas, que las cruzara, que se diera la vuelta, que se tocara los muslos... mientras yo simulaba que le hacía fotos y me situaba en todos los rincones de la habitación, más cerca, más lejos, desde los ángulos más difíciles y atrevidos, clip, clap. Ella me hizo prometer, a pesar del numerito interpretativo al que accedía gustosa, que no le haría fotos desnuda.

-Vale, vale, tía.

-No, no, has de prometerlo. Lo digo muy en serio.

-Sí, lo prometo, ¿puedo continuar?

La cámara estaba descargada, y con aquella luz de faro, la que entraba por la ventana además de la lámpara de la mesita de noche, era imposible hacer una

foto sin iluminar. No obstante aquel juego, que dio comienzo como un sucedáneo tonto de la fotografía no hecha, empezó a gustarnos. Sara adoptaba unas posturas tan sexis, tan escandalosas, que me resultaba alguien desconocido, y su erotismo se multiplicaba al contemplarla a través del visor de la cámara. El sonido cortante del obturador iba dosificando nuestra excitación creciente, y tantas fotos hice con mi cámara vacía, y tantas poses deseables encontré en Sara, que terminamos de nuevo revueltos, fundidos con la cama deshecha y las ganas que el uno tenía del otro.

Al cesar la marejada, me levanté y fui directo a la ducha. Envuelto en la toalla volví al dormitorio y allí estaba ella. Sara se había quedado plácidamente dormida. Yacía de medio lado, con la mano izquierda debajo de la almohada y la diestra cayéndole sobre el vientre. La melena ensortijada, como si fuera un manojo de sarmientos verdes de parra, le tapaba media cara. Las sábanas se enredaban entre sus piernas, permitiendo adivinar entre aquella sinfonía de arrugas y pliegues uno de sus pies, lindo y pequeño. Bajo el ombligo, el triángulo negro de su pubis se reía de la geometría transformándose, ahora equilátero, ahora isósceles, escaleno. El pecho, blanco como una nube de algodón, se movía etéreo a la par que su respiración, casi inaudible. Una sonrisa se dibujaba en su rostro correspondiendo, seguramente, a un sueño grato.

El cuadro era exquisito, un desnudo hermoso dig-

no del pincel de Velázquez. Instintivamente busqué en el interior de mi mochila un carrete en blanco y negro de alta sensibilidad que siempre llevo para fotografiar escenas con poca luz: ocasos, amaneceres y otras situaciones de semioscuridad. Lo cargué con celeridad y tomé foco, busqué encuadres en todos los puntos factibles de la habitación, abrí todo lo que pude el diafragma y disparé varias veces desde distintos enclaves y ángulos, tres, cuatro, cinco, seis. Mientras apretaba el botón, mi promesa de no hacerle fotografías desnuda se iba desmenuzando en cada golpe de obturador, que como una guillotina cercenaba limpiamente el cuello de mi honestidad.

Éste era el verdadero estreno de mi nueva máquina, no los robles, no el sol ni las hojas de los castaños, sino el desnudo prohibido de Sara, la traición en definitiva. Sus razones, por estúpidas o desconfiadas que me parecieran, eran tan respetables como las de cualquiera, y yo las estaba pisoteando con el único argumento que en ese momento tenía: la poesía que emanaba de su cuerpo. Créanme cuando digo que no pude resistirme a la tentación voluble, erótica en el más artístico sentido de la palabra, que las imágenes nos proporcionan a los fotógrafos. Esto no tenía nada que ver con las fotografías pornográficas de mentirijilla que momentos antes le había hecho con la cámara vacía. Cámara en mano intentaba justificarme en silencio, ante mí mismo y ante su cuerpo. ¿Qué derecho tiene Sara a condenar la

poesía al silencio por mucho que ésta se encuentre en su cuerpo?, ¿tiene derecho el artista a arrancar la flor de la belleza o, por el contrario, debe pedir permiso para hacerlo? En estos debates me encontraba cuando Sara despertó del letargo.

-Ah no, ni se te ocurra hacerme una foto-.

Yo me quedé mudo mientras se dirigía desnuda hacia la ducha meneando la cabeza y farfullando que yo lo había prometido.

-Está bien- contesté.

Quizá debí acercarme al baño y confesarle la verdad, pero no, no fui capaz. Temía que se enfadase, además, era consciente de que había hecho las mejores fotos de mi vida.

El fin de semana terminó y volvimos a la ciudad. Durante un mes guardé el carrete sin saber qué hacer con él, casi ocultándolo de mi vista, olvidando su existencia. Un viernes lo llevé a revelar y, ¡cielos!, en verdad eran las mejores fotos que había hecho nunca. La penumbra, el grano grueso de la emulsión, la expresión de paz en la cara de mi Sara, su cuerpo torneado y majestuosamente blanco contrastando con las sombras oscuras de la habitación... todo aquel rectángulo de papel fotográfico, 18X24 cm, eran verdadera poesía en dos dimensiones. Tan bellas eran las fotos, por muy mal que esté el que yo mismo lo diga, que quizá su estética tuviera suficiente carga de razón para cambiar la opinión de Sara. Pero no, la ira que le surgiría al comprobar que



mi palabra no vale un pimiento le impediría disfrutar de la imagen tal cual y, por tanto, reconocer que sus escrúpulos eran estúpidos.

Volví a guardar silencio, además el mal ya estaba hecho; como ella había dicho, el tipo del laboratorio ya las habría visto, y quizá se hubiera hecho algunas copias, y se las enseñaría a sus amigos, o peor, se masturbaría con ella. ¡Dios mío! ¡Pero qué cabrón que soy!

Llegó a mis manos por casualidad la convocatoria de un concurso fotográfico de Madrid, muy famoso, muy bien dotado económicamente y de gran prestigio. Como un fogonazo se me vino a la mente la serie de seis fotografías de Sara al desnudo, y automáticamente todos los reproches que yo mismo me hacía y los que me haría ella si supiera que iba a presentar las instantáneas al concurso, me llovieron como granizo sobre la cabeza... porque iba a presentarlas sin duda, eran demasiado buenas para yacer mudas en lo más profundo de mi archivo.

¿Pero es que no tenía bastante con haber hecho las fotos, con llevarlas a revelar?, ¿aún no era lo suficientemente traidor y ruín?, ¿hasta qué límites de la mezquindad suprema quería llegar?. La excitación de presentarme al concurso hacía callar todos los reproches que pululaban en mi interior. Hice las ampliaciones con las medidas requeridas, las enmarqué en cartulina y las presenté con una semana de antelación antes del final de la convocatoria. El fallo se produciría quince

días después, y lo peor que me podía ocurrir era ganar el concurso, porque me convertiría en un fotógrafo laureado pero sin novia. Mas lo lógico era que yo no ganara, porque a ese certamen concurren muchos y buenos profesionales. Un año lo ganó Salgado, otro Ouka Lele, en fin, que no se lo iban a dar a un pelagatos novel como yo. El caso es que me producía una gran satisfacción el saber que mis fotografías se estarían rozando físicamente con las de los grandes maestros en las mesas o paneles donde el jurado se hallaba deliberando, descartando y eligiendo a los ganadores de las distintas especialidades. Competir, incluso en inferioridad de condiciones, con magos de la iluminación que contratan los y las mejores modelos, que fotografían con Leicas de un millón de pesetas o con cámaras de formato medio, que viajan en primera clase hasta Budapest buscando el paisaje, la gente, los rostros ganadores, era algo que me seducía haciéndome olvidar todo el mal que podía generar en mi relación con Sara.

¿Y Sara? Sara aún no sabía nada e imaginaba su dolor, su decepción, en el caso de que el reportaje, aunque no ganase, fuera seleccionado y expuesto, y publicado, y filmado. Ella moriría, se pasaría seis años sin salir de su casa, la conozco bien, y a mí me abandonaría, me escupiría a la cara. Pero, ¿por qué?, si la fotografía es bella y su cuerpo también, ¿por qué ocultarlo a todos aquéllos que gozan de buen gusto?, ¿qué derecho tenemos a esconder las pocas cosas bellas que hay

en este mundo asqueroso? Me imaginaba a mí mismo sólo, más viejo, con un estudio fotográfico donde retratar a niños de comunión y, en mis ratos libres, pagando a bellas modelos que, hicieran lo que hicieran, no emanarían la imagen, la poesía que yo necesito para fotografiar la belleza y que sí encontré en Sara.

El fracaso artístico y el amoroso por primera vez se me fundían en la cabeza, haciéndome encontrar la respuesta a mi lucha interna entre el derecho común a la poesía y el derecho particular de Sara a no permitir que le hiciera fotos desnuda: si mis fotografías eran poesía en su totalidad, su cuerpo era la misma poesía pero en esencia, y era esa esencia la que debía respetar porque no me pertenece, la que perdería definitivamente si dejaba que el reportaje siguiera compitiendo en el concurso. Por encima del arte fotográfico quería a Sara, así que debía, debo dar marcha atrás.

Ahora me encuentro en la sala donde está reunido el jurado. Dos guardias de seguridad, grandes como armarios, me tienen sujeto. Sobre unos paneles están todas las fotografías, miles de instantáneas que han sido evaluadas, seleccionadas, rechazadas o elevadas al parnaso. Confieso que al venir para acá, la sed de triunfo, la curiosidad por saber si ganaría o perdería, me ha retenido unos instantes, pero ya estoy aquí, y no hay retorno posible.

El presidente del jurado se ha acercado a nosotros y ha preguntado a los gorilas que cuál es el proble-

ma. Antes de que contesten lo hago yo.

-He venido a retirar mis fotos del concurso.

-Pero, ¿por qué?- pregunta el presidente.

-Porque no pedí permiso a la modelo al hacerle las fotos, y eso me impide disfrutar de ellas. Es como si las hubiese robado.

-Eso son tonterías, hay muchas fotografías hechas en la calle. Gente anónima sale en ellas y nadie se queja.

-La modelo no es alguien anónimo, y me odiaría de por vida si supiera que está aquí, observada, calificada, evaluada por ojos que no la conocen y la ven desnuda.

-Pero muchacho, ¿cuáles son tus fotos?

-Ésas- señalo con un dedo ansioso la colección. Las he reconocido al instante entre tanta imagen. Están en un rincón del panel central, brillando con los focos que hacen protagonista entre tantos rostros a una Sara bella como una diosa dormida. El presidente del jurado ha puesto cara de sorpresa.

-Chaval- tartamudea-, piensa en lo que haces. ¡Has ganado el concurso! Tu reportaje es el mejor, ¡qué digo el mejor!, es una obra maestra. Si supieras lo que he tenido que luchar para que premiaran tu colección-casi susurrando para que no le oigan-aquí hay demasiados padrinos. Es imposible, no puedes...

-¿Cómo que no puedo?-

Me he deshecho de los guardias y he tomado las fotos

de forma nerviosa; las he roto allí mismo, delante de todas las bocas abiertas de los señores y señoras jurados, escandalizados por la conducta estúpida de aquél que destruye su propio triunfo, de aquél que destruye una obra de arte. Grité fuerte para que todos me oyeran:

-Son mis fotos y hasta que opine lo contrario no le pertenecen a nadie excepto a mí.

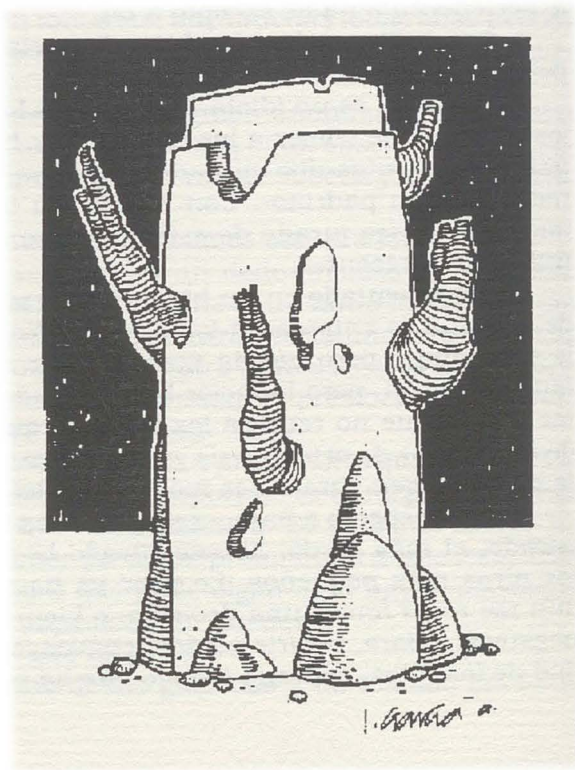
Los gorilas se han abalanzado hacia donde estoy, pero el presidente los ha retenido.

-Dejadle, es un idiota. Si no quiere los laureles, se los daremos de comer a los cerdos, que hay muchos y muy hambrientos-dijo mirando a algún miembro del jurado, a algún padrino-. Con respecto a ti, muchacho, mientras yo sea jurado de este concurso, resultará inútil que te presentes.

Estoy sentado en un banco frente al edificio donde mañana se entregarán los premios. Yo no estaré en la ceremonia, pero me da igual. Ganar me ha hecho mucha ilusión, pero lo mejor ha sido que el presidente me rogara que no retirara las fotos porque eran obras de arte, obras de arte, poesía en definitiva. Saberse poeta de la imagen para mí es más que suficiente.

Con respecto a Sara, creo que antes de cometer el pecado, el más gordo, he encontrado la penitencia en los otros más pequeños. Lo peor ya ha pasado, pero aún me resta tomar una decisión: o bien enseñarle los negativos a Sara, pedirle perdón, convencerla de la calidad de las fotos, contarle todo lo que ha pasado, tratar

de que no me odie y obtener su consentimiento para presentar el reportaje en otro concurso, o bien dejar los negativos en el fondo del fichero, rezar para que Sara jamás los encuentre y suspirar por la muerte lenta y física, por la ignorancia a la que parece estar condenada mi obra maestra.



---

## TRATADO DE LAS ILUMINACIONES LILAS

por **Jesús Pino**

Los siete judíos difuntos y fantasmas agregados a la nocturnidad de las anchas y cuarteadas aceras de la Avenida de Europa son: Simeón, alias *acéfalo*; Leví, alias *arrastracadenas*; Judá, alias *esqueleto*; Dan, alias *sabanilla*; Neftalí, alias *gárgaras*; Gad, alias *puertas* y Aser, alias *ventolera*. Los siete judíos difuntos antes de pasar a la fase de fantasmas dormían en paz, sin meterse con nadie, en sus nichos de arenisca; cuando removieron las tierras para edificar lo que hay edificado, quedaron expuestos a la luz y al aire de los vivos y despertaron del reparador sueño de la muerte para quedar en ese estado de ser-no ser, de adormilamiento ovejuno, que es la esencia y la sustancia del plano fantasmal.

-Y usted, señor maestro, ¿me respondería a una pregunta?

-Con mucho gusto, si está a mi alcance.

-¿Los fantasmas son peligrosos?

-¡Oh, no, mi querido interlocutor! A lo más, molestos o inoportunos.

-Muchas gracias, dilecto profesor.

-No hay por qué darlas.

El judío difunto y fantasma, Simeón, alias *acéfalo*, fosforece en amarillo desvaído; mientras anduvo por los trigueños y ovalados días de la vida, se ganaba el condumio con el noble y arcilloso arte de la alfarería. El judío Simeón modelaba el barro con suavidad y prudencia, y las piezas de su alcaller le respondían con respetuosas y admiradas formas y volúmenes. La materia, en esto como en lo demás, se muestra misteriosa y zalamera.

- Permítame, apreciado maestro, una curiosidad.

-Veamos.

-¿Los fantasmas poseen vicios y virtudes?

-Pocos, mi curioso interpelador. Pero voy a lavar su ignorancia con un ejemplo de ambos. Como vicio más reconocido se apunta la envidia y como virtud la paciencia.

-Muchísimas gracias, excelso profesor.

-Ya le dije que no hay por qué darlas.

El judío difunto y fantasma, Leví, alias *arrastracadenas*, fosforece en violeta pálido; mientras transitó por los arrabales olivareros de los rómbicos días de la vida, se acaudaló con el oscuro y espinoso arte del comercio. El judío Leví trapicheó con astucia, habilidad y diligencia en tabernas y plazas pero no pudo engatusar a la viruela con intereses bajos ni componendas de oro. Las horas de los hombres se desgranaban lentamente y cuando se acaba el frasco, adiós, muy buenas.



-Discúlpeme, distinguido maestro, una sutileza.

-Adelante, adelante.

-¿Conservan los fantasmas necesidades y apetitos?

-Uno de cada, mi exigente interrogador. Necesitan la soledad y apetecen la misericordia.

-Gracias de nuevo, mi paciente profesor.

-Ya es la tercera vez que le repito que no hay por qué darlas.

El judío difunto y fantasma, Judá, alias *esqueleto*, fosforece en nieve pura; mientras pisó las amargas y acuosas marismas poligonales de la vida adornó su mesa con el pan y el vino que le terciaba su delicado y honorable oficio de circuncisor. El judío Judá cortaba los pliegues del prepucio con exquisita limpieza y ortodoxa rodela, y el miembro descapuchado emergía con un halo de gloria y potestad exultante. La generosidad, como bien se sabe, es propia de los órganos saludables y gozosos.

-Una duda me asalta, pacientísimo maestro.

-Arrójela antes de que le invada.

-¿Qué hay más, fantasmas femeninos o masculinos?

-Fácil respuesta, mi enconado preguntador. Los fantasmas masculinos son los más numerosos. Las mujeres alcanzan con prontitud el beneplácito de los cuarteles del cielo.

-Infinitamente agradecido, mi eximio profesor.

-¡Que no hay por qué darlas, hombre!

El judío difunto y fantasma, Dan, alias el *sabanilla*, fosforece en rojo de grano de granada; mientras deambuló por las hermafroditas y paganas verbosidades diédricas de la vida acarreó para sobrevivir las intrépidas y mal entendidas artes de la prostitución. El judío Dan daba y tomaba sin reparo y con mucho enternecimiento, también con sofoco y buenos modales. Como era silencioso y poco murmurador tuvo siempre la condescendencia de las autoridades. No perder la educación cuando le dan a uno por el culo es, quién lo pone en entredicho, santo y seña de buen nacido.

-Tengo, maestro de maestros, que insistir de nuevo.

-Vamos, insista, y no se demore.

-¿Hay, entre los fantasmas, categorías, jerarquías u órdenes principales?

-Evidentemente. No son iguales los fantasmillas que los fantasmones. Eso, mi cargante inquisidor, está en el principio de toda vida social.

-Un billón de gracias, mi admirado profesor.

-¡Y dale!

El judío difunto y fantasma, Neftalí, alias *gárgara*, fosforece en verde hepático; mientras correteó por los ajardinados vericuetos de los rectangulares patios de la vida contribuyó al ordenado sustento de sus células,

tejidos y órganos con el silencioso y comprometido arte de la escribanía. El judío Neftalí dibujaba las letras con morosidad y elegancia, con ornamento y pulcritud, con mano firme y pulso dominado; como no dejaba manchas de sudor ni emborronaba los pliegos, la escritura le recompensaba con hermosos y pingües beneficios. El arte de escribir, siempre, y eso lo saben hasta los niños, ha sido muy reconfortante y provisor.

-¿Puedo, insigne maestro, importunarle nuevamente?

-Puede, pero sin excederse.

-Dígame, ¿tienen memoria los fantasmas?

-La tienen, mi pesadito alumno, pero poca. Tampoco la necesitan porque su ámbito de acción está determinado por las altas y todopoderosas esferas celestiales.

-Eternamente agradecido, mi estimado profesor

-No joda más con las gracias, ¿eh?

El judío difunto y fantasma, Gad, alias *puertas*, fosforece en azul de Murillo; mientras anduvo por los descombraderos y resbaladizos arenales de las parabólicas estaciones de la vida engañó, día sí, día también, las insaciables urgencias de su mantenimiento con el noble y muy discutido arte del correveidile. El judío Gad, como tenía buena memoria y fácil lengua, transportaba con celeridad y sigilo las traiciones de la carne y del espíritu sin equivocarse al destinatario ni el veneno-

so texto. No vivió mucho pero nadie vive más de lo que le corresponde.

-Si me atreviera, ilustrísimo maestro...

-Señor, ¡qué cruz!

-¿Los fantasmas, si tiene a bien contestarme, celebran las fiestas de guardar?, si no no me conteste.

-Le contesto, más con resignación que con gusto, que efectivamente. Los fantasmas tienen la obligación de contraer méritos para el tránsito final.

-Ya no sé cómo darle las gracias.

-Callándose de una vez.

El judío difunto y fantasma, Aser, alias *ventolera*, fosforece en gris perla; mientras ahuecó las blandas y embarrizadas latitudes de los cilíndricos caminos de la vida encurvó la panza con el místico y pedagógico arte de la albañilería. El judío Aser atejaba con mimo y ensimismamiento la candorosa desnudez de las sinagogas y recibía a cambio la paz de espíritu que fortalece contra la codicia. Los edificios son, aunque sea una perogrullada decirlo, generosos y atemperadores.

-Si fuera posible...

-No y no.

-Ni tan sólo...

-Ni eso. ¡Qué pesado! ¿No será usted el fantasma de D. José María Pereda?

## **DESDE QUE NO LLUEVE ARENA**

*por* **Juan Carlos Pantoja Rivero**

Estas cuatro paredes rezuman nostalgia, desprenden melancolía y absorben tristeza: la mía, prisionero de mí mismo, vivo entre las sombras de mi humilde celda en este monasterio donde profeso la que siempre consideré mi vocación; en el que consumo, sin darme cuenta apenas, una existencia plena de meditaciones. Los muros conventuales encierran el presente escurridizo y obstruyen el futuro apresurado, pero mantienen encendida la llama del pasado lento, ceremonioso, agridulce. El pasado que vuelve una y otra vez, que retorna a cada momento al encrespado oleaje de mi pensamiento, como luz intermitente, como un faro perdido en la costa, empeñado en fijar sobre sí la atención de los navegantes. ¿Qué otra cosa somos nosotros, mortales, sino marineros en el mar infinito del existir que se sucede?

El tiempo huido que viene rebotando hasta mí trae consigo largas cadenas pesadas que arrastran el silencio anquilosado de muchos años imperiosamente vividos, inquebrantablemente transcurridos en la expectante soledad monacal. Recuerdo hoy las primeras tardes primaverales en la huerta del monasterio, los largos pa-

seos soleados en compañía del hermano Bernardo, un hombre sabio, conocedor de todas las debilidades humanas y de la teología celestial. Él fue quien me hizo ver cuáles son los caminos truncados del hombre, cómo la vida es, en realidad, un simple tránsito hacia la muerte liberadora que nos unirá con Dios.

Desde mi celda, a la que siempre parecen llegar los ecos tranquilizadores de gregorianos acordes, despejo la incógnita vital de mi existencia, entre recuerdos y libros inflamados de enseñanzas edificantes. Rebusco entre esos días anteriores, sumergido en la voz maestra y amiga del hermano Bernardo, tal vez empeñado en encontrar la chispa, la pequeña lucecita que me empujó de un día a otro, hasta hoy, hasta esta jornada pasiva de un presente sin futuro, como yo mismo.

-La vida es fugaz, pasajera y sin valor -decía a mi lado el sabio monje-. Nosotros debemos pensar en la muerte, porque sólo ella nos llevará a unir nuestra alma pecadora con la pureza divina.

-Entonces, hermano -dije yo-, ¿por qué estamos ahora aquí? ¿Por qué nos parece hermoso lo que nos rodea? Este huerto, las flores, el sol que nos ilumina...

-Son simplemente ataduras que nos impone la vida, regalos del Creador para que nuestra conciencia archive y conozca su grandeza. Pero no debemos caer en lo superficial, Pablo, tenemos que intentar ver en la naturaleza, en la vida, tan sólo el reflejo del divino rostro.

-Es todo tan bello -dije-, que uno desea emborracharse, gozar de ello hasta el hastío, no abandonarlo jamás...

-Ése es el peligro -me reprochó Bernardo-. No podemos ser esclavos de nada ni de nadie; hemos nacido por Dios y sólo a él nos debemos... Mira, Pablo, yo entiendo la vida como una sala de espera en una estación de ferrocarril: esperamos porque sabemos que no va a ser eterna, porque el tren que tiene que llegar nos llevará a nuestro destino... Imagina que estuvieses en una de esas salas esperando un tren que no pasará nunca por tu estación. La situación sería desesperante.

No sé cuántas veces, después de aquella conversación vespertina, he recordado las palabras del hermano Bernardo, en la desolación que me rodea en este habitáculo que parece estar ceñido a mi cuerpo, como las vestiduras humildes y sagradas que, día a día, cubren mi desnudez. Sí sé con certeza que todas las tardes, antes de vísperas, peripatéticamente medito entre la exuberancia del huerto, mientras contemplo, una a una, todas las notas musicales que representan, a mis ojos, las florecillas y las plantas que el hermano Roberto cuida y mimra diariamente. Y, a veces, tengo la cierta seguridad de que me hablan, de que el sol (amarillo, redondo, brillante) me llama y me invita a disfrutar del efímero espectáculo de la vida. Sí, el astro amarillo me reta a vivir, me incita a huir de la oscuridad de la muerte; el astro redondo me hace ver la luminosidad policroma

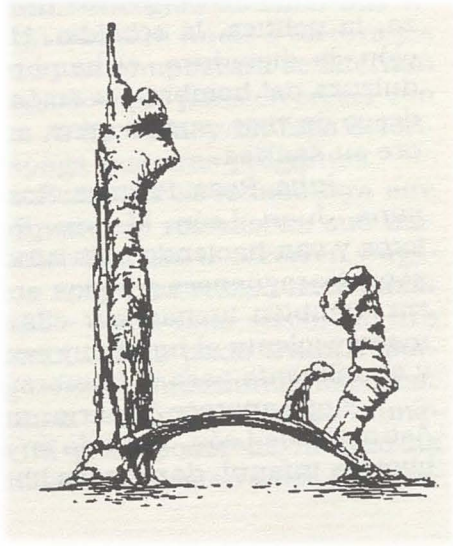
de la existencia pasajera; el astro brillante me hace comprender la incertidumbre de un más allá difícil de aceptar: ¡qué complicado debe de ser para un hombre rechazar tantas maravillas en este mundo y transitar hacia otro inseguro, imposible de conocer desde aquí!

Bajo mis sandalias, entre infinidad de diminutas vidas pequeñas, de seres ínfimos colocados allí por la mano de Dios, está la tierra, el suelo tantas veces hollado. Sobre mi cabeza, el sonido solitario de la campana llamando a vísperas, devolviéndome a la realidad monacal, a las costumbres de la Regla. Al traspasar el umbral del templo, el silencio lame mis oídos y la oscuridad salpica mis ojos de manchas incandescentes, tras la contemplación del sol y el continuo gorjeo de los pájaros en la decoración verde del huerto. El murmullo de los rezos me adormece y mi figura se difumina entre las sombras invisibles de mis hermanos, en la penumbra cambiante que parece danzar, movida por las llamas inquietas de las velas que pretenden vestir de luz la capilla. Allí, mientras mis labios modulan plegarias, el tiempo parece resbalarse y, cuando quiero volver al mundo material, ha terminado completas, como si no hubiera habido espacios entre las distintas horas canónicas. Mis pies me guían entonces hacia mi celda, donde podré descansar mis pensamientos hasta que toquen a maitines.

En la pobre habitación, en cambio, parecen no transcurrir las horas: mi temor a perder con la muerte



todas las realidades bellas esparcidas por el Creador, comienza a disiparse, como lo harían las nubes ennegrecidas tras una tormenta. Sobre mi cabeza no cae ya más arena en el compartimento inferior de mi reloj; es como si se hubiera estancado en la parte de arriba, como si este momento de plenitud pudiera ser infinito y paralizar el normal sucederse de las horas, a mayor gloria de la contemplación de la vida, inmensa ante mí tras la ventana de la celda, inalcanzable. Y yo, mientras tanto, dejando correr mi vida, prisionero del tiempo, como flotando en un inmenso desierto dentro de un infinito reloj de arena.



## **NADA LES REGALA LA SUERTE**

por **M<sup>a</sup> Dolores García Rodríguez**

Enardecido mi ánimo por revivirlo todo, voy limpiando cuidadosamente las galerías de mis recuerdos. Las fotos, instantes muy precisos de mis vivencias, me transportan a aquel país de Nicaragua tan violentamente dulce, que no queda en un simple título de obra literaria sino en un título de honor, ganado a golpes de realidad, por machetazos de la vida: la brava naturaleza, la política, la rebeldía, el imperialismo, la corrupción, la dictadura, el hambre..., y al final siempre la dulzura del hombre, su tesón, su fuerza, su ánimo, su deseo de vivir, sus utopías, su lucha día a día, y siempre su sonrisa.

Julia, Rosa, Pastora, Rosario, Milagros, Cony, Carmina, Juan, León, Marvin, Roberto... aparecen en las fotos y van haciendo más nítidos mis recuerdos. Todos son nicaragüenses y todos aman y defienden esta tierra, también luchan por ella: una tierra tan naturalmente violenta al hombre y tan deshumanizada política y socialmente para el hombre.

Aquí aparece Rosario, maestra del colegio de La Asunción de León, sentada en su recién inaugurada biblioteca infantil, de escasos libros y sencillo material de

juegos. Ella se siente bien. Es un proyecto que nunca se iniciaba y ahora, al menos, tiene unos volúmenes y unas precarias estanterías y pupitres; y mucho empeño en que crezca y se dote.

De repente -lo recuerdo bien- nos apremia para que nos acerquemos a la ventana. Nos cuenta cómo el fortín, allí a lo lejos, en majestuosa colina rodeada por once volcanes en actividad, fue la corte somocista, santuario de la dictadura; cárcel para la muerte donde los tres Somozas deshicieron cuerpos y vidas de gentes que abominaban el imperialismo, que tenían fe en el socialismo y en los movimientos de liberación nacional. Nos va relatando con la garganta encogida de dolor sus vivencias acerca de ese fortín que aún huele a tortura y a muerte. El horror, el llanto y la compostura se alternan en unos ojos negros y hermosos que parecen crecer con los recuerdos del espanto. Al fin calla, y un hipo dolorido silencia el entorno y apaga nuestras preguntas.

Rosario se incorpora como si se le insuflara aire para darle vida, se recompone, se reconforta; sus manos ajadas, extendidas sobre la mesa la recorren y agarran sus bordes buscando apoyo; se relaja, hace bailar los dedos sobre la superficie y con toda serenidad nos dice: «La Revolución Sandinista no pudo triunfar porque nosotros, los nicaragüenses, fuimos unos 'babosos'. Sí, 'babosos', porque fuimos, y somos, rebeldes humanistas. No supimos ver el gran poder de la guardia somocista, y les dejamos libres; los desterramos de nues-

tro país, que era también el suyo, y no nos dimos cuenta de su gran fuerza, del gran peligro. Una vez fuera, en Honduras, los Estados Unidos les dieron dólares, armas, organización y entrenamiento, y surgió la contra. Sí, nuestra revolución no triunfó por 'babosos'. Nuestro futuro..., nuestro futuro saltó en pedazos desde el momento en que se tomó esa terrible decisión. ¡Pero... es que ellos pertenecían al pueblo!

Rosario participó en la Cruzada Nacional de Alfabetización en la comarca de la Ceiba, entre un campesinado de profundas raíces. Todos se aplicaban en sus tareas. Tras una dura jornada debía quedar tiempo y ánimo para el estudio, para la educación: pilar de la Revolución Sandinista, pilar del progreso de los pueblos. Todos se afanaban en sus cuadernos y en sus útiles; sus mentes abiertas y dispuestas porque entendieron que la revolución era un gran paso hacia el futuro.

Rosario (esta foto es de agosto de 1999, año en que se cumplieron veinte años de la Revolución) lamentaba la suerte de su país: «íbamos formando a la gente, llegábamos hasta las más recónditas aldeas y la tasa de analfabetismo descendió a niveles considerables. Tampoco hubo hambre... Hoy ya se detecta una incultura que crece a pasos agigantados y una hambruna que devora».

Pero Rosario no se vence. Nos pide ayuda. Desea ponerse en contacto con alguna organización que le remita libros de lectura -«bonitos» dice-, que anime a los

chavales a leer, porque allí hay pocos y cuestan muchos pesos.

Rosario se levanta, se enjuga los ojos, recoge las tacitas del café y nos da las gracias por habernos conocido. Un beso, una sonrisa. Al momento da tres palmadas y los chavales, tras una incipiente algarabía, se disponen a sus lecturas en silencio.

Rosario, como casi todos los nicaragüenses, formó parte de la Revolución Sandinista (1979). Si bien no triunfó, ella la vivió; eso le enorgullece y la alienta.

¡Mira, mira! Aquí está Pastora. Es una joven campesina de veintiún años, aunque su constitución no permite averiguar su edad. Tiene unos ojos negros y redondos en un rostro oscuro y grato que emana confianza. Ahora vive con su madre y sus dos hijos, uno de cada hombre que en algún momento compartieron su vida. Hoy no tiene compañero.

Pastora sobrevivió al Micht, el terrible huracán que a finales de 1998 asoló el Norte del País. Perdió sus pocos útiles, su humilde choza, su pequeño huerto y, por poco más, a su hijo pequeño y a su madre.

*«Aquella noche negra como boca de lobo, la torrentera se desbordó. Yo veía el nivel del agua crecer y crecer. Mi hermano menor decidió que debíamos salir a buscar una loma alta donde ponernos a salvo. Dispuso la estrategia: yo llevaría al bebé bien atado al pecho, él guiaría a madre, ya anciana, e intentaría abrir camino por el barranco con una cuerda; posteriormente yo le seguiría*

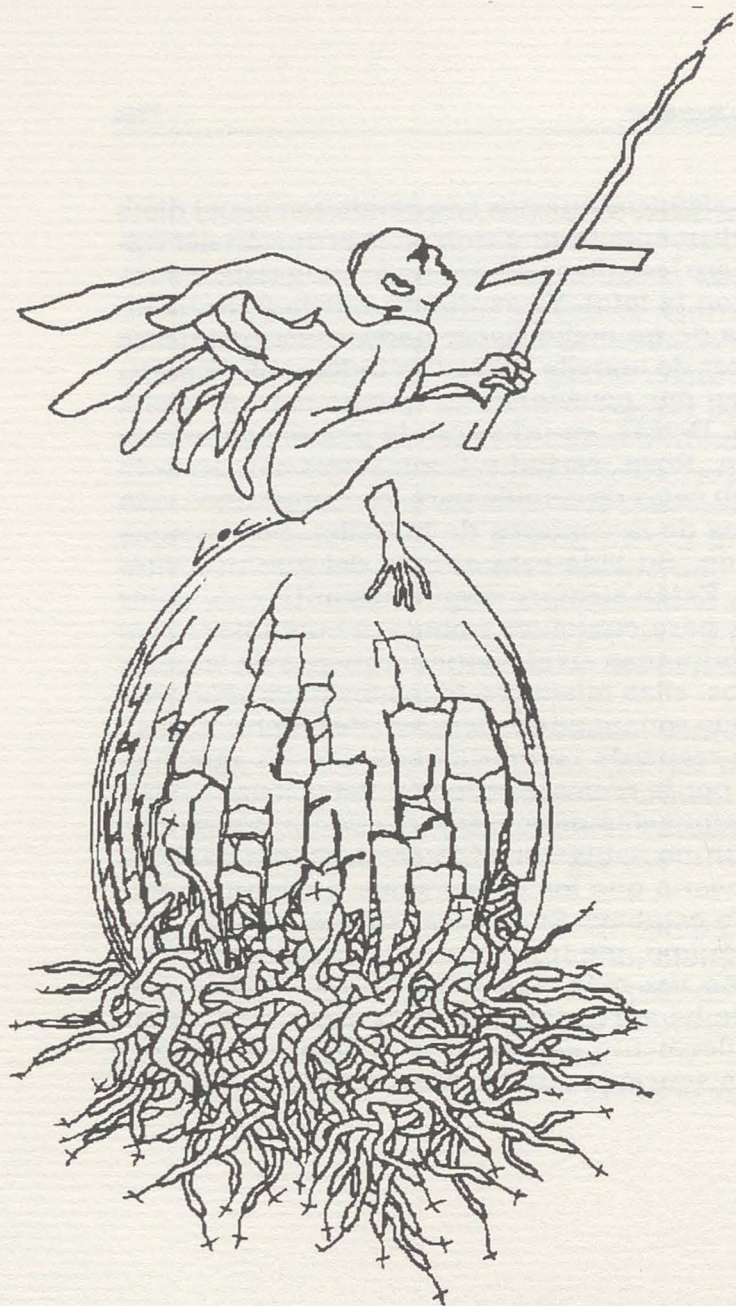
bien atada. Pero imprevisible la naturaleza de esta tierra, una vez dispuestos a la huida, pareció abrirse el cielo por los cuatro puntos cardinales; el caudal creció ipso facto y, sin posibilidad alguna de agarrarnos a nada, nos arrastró arroyo abajo con la violencia de una caballería desbocada. Mi madre quedó enganchada por el cuello en un alambre de espino, sajada pero viva; y yo atrapada entre un gigantesco tronco y ramas a la deriva. De repente me vi entorpecida en el descenso por otro tronco aún mayor y a él me encaramé; sólo entonces me di cuenta de que había perdido al bebé y lloré y grité. Mientras tanto, mi hermano vociferaba desesperado intentado localizarnos. En su nerviosa y desacertada búsqueda un bulto blando le vino a rozar sus piernas, y lo atrapó: era mi bebé perdido. Como pudo se lo ató al pecho y acongojada continuó en su empeño».

Pastora, a lo largo de su relato, sonreía por lo que no había perdido -«sí así fue es que así debía ser»-. Y ella daba las gracias. Pero cuando tormentas tropicales o huracanes anuncian su llegada, Pastora tiembla de miedo y después da las gracias por ese otro día más que vive.

Su trabajo en las faenas del campo, limpieza de tierras o recogida de pipianes, caña, ajonjolí es tan escaso como intermitente, y tan mal pagado como insultante. Pero siempre da las gracias y sonrío. Pastora tiene fe en sus manos y en el futuro.

¡Mira! ¡Aquí estoy yo! Es la mañana siguiente a los

movimientos sísmicos que nos sorprendieron aquel día, 4 de agosto. Felizmente terminaron en la erupción del volcán Cerro Negro (esto lo sé ahora, no lo imaginaba cuando me tomaron la foto). Yo sentía un miedo feroz, sentí la impotencia de no poder hacer nada, y sentí el deseo de desaparecer de aquella tierra tan indomable. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no detecté el clic de la cámara. Detrás, en un segundo plano, ajenas a la imagen, Julia, Rosa, Noemí y Cony están cargando la camioneta con cajas de comida para los campesinos más desfavorecidos de la comarca de la Ceiba. Son monjas de la Asunción. Su vida está al lado del que necesita, del que sufre. Están siempre dispuestas ante cual quier contrariedad, para cualquier trabajo, a cualquier hora. Son monjas humanas en el sentido humano de la palabra. A mis ojos, ellas mismas y todos los nicaragüenses que he conocido son un nuevo proyecto de hombre. ¿Ves? Yo, aquí, me recuerdo conmocionada por las movidas de la tierra y por la reciente erupción del volcán, y ellas ya estaban dispuestas para el trabajo de un nuevo día. El peligro -aún no sabíamos el final- no había pasado, pero era necesario que los campesinos tuvieran su comida y en ello estaban. Sus voces, sus canciones, sus sonrisas, su ánimo, me transportan a esa alegría y me descubren una vez más otra raza: la del hombre que sabe vivir, que ha aprendido a vivir, a amar, a ser feliz, a afrontar dulcemente aquello que la vida les depara, aunque no les sonría la suerte. ¡Chapeau!





## EL VENDEDOR DE PAÑUELOS

por **Joaquín Copeiro**

*A mi querida María Antonia coleccionista  
de fantasmas y aparecidos.*

Cuando la luz verde se encendió de nuevo, Verónica aceleró y otra vez se quedó con las ganas de conocer por fin el color de los ojos y el tono de voz del vendedor de pañuelos, el de los rizos sobre la frente, los labios gruesos, la barba de varios días, mandíbula firme pero no contundente, nariz recta, un esqueleto erguido, de deportista, y unas gafas oscuras que, sin embargo, se quitaba siempre que situaba su rostro frente a la ventanilla del conductor. Llevaba todo el otoño deseando el brillo de su mirada y el timbre de sus palabras, desde aquella ocasión en que a punto estuvo el joven de hacerle el servicio; pero entonces, como ahora, también el semáforo evitó que a él le cuajara el gesto de desprenderse de las gafas con la izquierda y que el limpiacristales que enarbolaba en la derecha aplicara su espumosa consistencia en el parabrisas del Mercedes.

Verónica, arrastrada por el denso fluir del tráfico a aquellas horas del martes, pisó el pedal y siguió adelante, pero no dejó ni un momento de espiar al guapo vendedor por los tres espejos retrovisores, mientras conducía maquinalmente su carro de *señora bien*, avenida de la Reconquista arriba, e inspeccionaba, en un alarde

de seguridad propio tan solo de quien lleva conduciendo coches toda la vida, el brillo sensual de su carmín en el espejito del otro asiento delantero. Luego, se humedeció los labios con la lengua y observó por última vez al vendedor de pañuelos, cuya imagen, a medida que se alejaba, le provocaba un creciente y gozoso cosquilleo bajo el ombligo. Entonces el móvil sonó, sería su marido, y ella no dudó en desviar la llamada hacia el buzón, porque ahora ni en cuerpo ni en alma estaba como para encajar el zalamero chichisbeo del hombre con quien había compartido los últimos veinte años. Lo quería, es cierto, y disfrutaba cuando se amaban, es verdad, pero quizá les faltara una pizca de inseguridad en las relaciones y les sobrara algo de final feliz y previsible. A estas alturas de la vida, puede que ya se hubiera perdido para ellos la emocionante *mordedura* de los primeros descubrimientos, cuando los cuerpos van poco a poco entregándose el uno al otro, desvelándose los secretos más íntimos, ofreciéndose los insospechados dulzores de sus inaccesibles entresijos.

Había quedado con Pepe a las dos y media en el Hierbabuena. Él quería salir esa misma tarde hacia Barcelona para poner al día los asuntos de la sucursal y, como calculaba que no volvería antes del martes siguiente, le propuso que comieran juntos. Pero aún faltaba una hora y Verónica decidió dejar el coche en el Corralillo de San Miguel e invitarse a un vermut en la Abadía. Aparcó, pues, y ganó la loma del Alcázar. Cuando baja-

ba hacia la plaza, tuvo ocasión de cruzarse con dos guapos universitarios que abandonaban la biblioteca regional. Verónica sacó sus gafas oscuras y se las colocó para de esa forma poder espiar sin pudor a los jóvenes. Uno de ellos era alto, rubio y de una belleza viscontiana; jóvenes así de altos y así de rubios y así de guapos no los había en Toledo cuando ella tenía veinte años, que entonces todos eran morenos y de estatura media, como Pepe. El otro era moreno, pero alto también, con el pelo rizado y unos labios sensuales que le recordaron al *limpia*, como ella llamaba al vendedor de pañuelos, limpia-parabrisas en otro tiempo. Verónica aflojó el paso para deleitarse mirando a los jóvenes mientras bajaban las escaleras del edificio y para permitir que la adelantaran, porque, de esa manera, podría degustar la hermosa exquisitez de sus culos apretados y la atractiva simetría de sus hombros. Ni un solo momento, desnudando con sus ojos aquellos cuerpos, dejó de pensar en el *limpia*, de desear que fuera uno de los jóvenes que la precedían y le despertaban anhelos de veinte años atrás. Pero ellos se quedaron en la parada del autobús y Verónica se encaminó a Zocodover buscando entre sus pasos la imagen del rubio, la del moreno y la del vendedor de pañuelos.

En el Centro de Periódicos compró un ejemplar de *Man* y otro de *Aquí*, y luego tomó la calle de la Sillería. Finalmente, penetró en la Abadía, se hizo con una banqueta de la barra y se pidió el aperitivo. Saboreó el cana-

pé, el dulzor seco del vermut, la levedad juguetona de su gas carbónico, y pensó entre tanto que quizá no estuviera tan mal *echar una canita al aire*, y, ¿por qué no?, con el chico del semáforo precisamente; a fin de cuentas, jamás le había fallado a Pepe, porque, entre otras cosas, Pepe siempre se había portado bien con ella, y ahora, ante la perspectiva de una semana sin él y con ese alboroto que se le había desatado por dentro desde que se fijara en el *limpia*, tampoco lo sentía como demasiado descabellado, eso de la *canita*. Así se lo advirtió a su marido hora y media después entre sorbo y sorbo de Señorío de los Llanos. Él se limitó a sonreírle y a responderle que no le importaba, que la quería lo suficiente como para no impedirle un capricho tan barato. Y que a lo mejor él intentaba otro tanto en Barcelona. Pero de sobra sabía Verónica que su marido era del todo incapaz de serle infiel y también de pensar mal de ella; y, desde luego, estaba convencida de que nunca Pepe podría hacerse la más ligera idea de sus sentimientos presentes, ésos que la conducían una y otra vez hacia el chico del semáforo, los mismos que durante la comida en el Hierbabuena la empujaron a tocar con el pie descalzo la entrepierna de su marido, puro suceso del *limpia*, y que, ya en el garaje del Corralillo, la impulsaron a meterle mano, antes de que arrancara el Mercedes que debía llevárselo hasta Barcelona.

-Adiós, mi amor. En cuanto llegue, te llamo.

Por la noche, en su chalé de la avenida de Euro-

pa, decidió calmar su agitación de toda la tarde con una pizza *Cuatro quesos*. Así es que llamó a TelePizza, se duchó, se sirvió un *Martini* y pulsó el *power* del sintonizador, pero los sucesos de la sección correspondiente en *Radio Aquí*, que si una bronca con heridos en las Cuatro Calles, que si un accidente con muertos aquella misma tarde en la avenida de la Reconquista, que si el infarto de un taxista que circulaba por la Bola del Miradero, la hicieron decidirse por el *compacto*. Por eso, pinchó un *cedé* de Johnny Hartman, apretó la tecla de *continue*, se arrellanó en uno de los sillones y se colocó las gafas de cerca para leer el *Man*, mientras llegaba el repartidor. Al cabo, un timbrazo la avisó de que el chico de la pizza estaba ahí, pero sólo cuando hizo girar el pomo de la puerta y tiró hacia sí, se percató de que aún andaba en albornoz, y únicamente acertó a juntar las piernas en un movimiento reflejo, de autoprotección, y a cubrirse el cuello con las solapas de la prenda. Cuando el joven que se entretenía frente a ella en extraer la pizza de su estuche rojo elevó la cabeza y se quitó la gorra, la sangre de Verónica frenó por un instante su fluir, porque aquella aparición no era sino el *limpia*, sin gafas ni pañuelos de papel, guapisimo y con una sonrisa que le abrió de par en par el albornoz. Él penetró en la estancia, cerró la puerta de un taconazo, soltó la pizza y el estuche rojo, se quitó la cazadora, abrazó su cuerpo aún fragante y terso, y contra la pared del vestíbulo le hizo el amor. Ella se sintió derrumbada y floja por el

placer, pero feliz como una estudiante en sus escarceos amorosos. El *limpia* luego recompuso su ropa, cogió la gorra, el estuche, la besó en la boca y, sin pronunciar palabra, salió de la casa. Verónica tardó todavía media hora en recobrar la consciencia; después, se metió de nuevo en la ducha para culminar la recuperación, descorchó una botella de Camarena, y cenó pizza y vino hasta quedarse dormida en el sofá: ni siquiera la llamada de Pepe, dos horas más tarde, logró despertarla.

Cuando abrió los ojos, la aurora se colaba por el amplio ventanal que daba a la piscina y la tierna voz de Johnny Hartman, que no se había callado en toda la noche, le dio los buenos días.

Durante las horas que permaneció esa mañana en el chalé no pensó en otra cosa que en el sueño de la noche anterior con el *pizzero*, y en el semáforo de la avenida de la Reconquista, y en andar por casa con sólo el albornoz, y en TelePizza. Salió cuando pudo y se tomó un café doble en el Gressy de Zoco-Europa. Luego se volvió a por el Nissan Terrano y se dirigió, calle Atenas abajo, hacia la avenida: tenía que verlo de nuevo, allí, en el semáforo de La Reconquista, limpiando parabrisas o vendiendo *kleenex*, ver su cuerpo deportivo, su barba cuidadosamente descuidada, sus labios sensuales, sus graciosos rizos, su mentón varonil y decidido, la línea clásica de su nariz, el color en fin de sus ojos, y oír su voz, trasunto seguramente de la de su admirado Johnny Hartman.

Recorrió la avenida de la Reconquista en un sentido y en otro, varias veces, rodeando hasta la locura la rotonda de la fuente y la del Cardenal, la vista clavada en el semáforo, o en los semáforos, por si acaso su *limpia* hubiera trasladado a otro lugar *el puesto de trabajo*. Pero nada: los semáforos aparecían vacíos de limpiacristales y de vendedores de pañuelos. En vista de lo cual, y cuando el agobio del tráfico cada vez más intenso iba dejándose sentir, desistió de su búsqueda apasionada y decidió comer algo: un menú fuerte, sazonado con las especias necesarias y suficientes como para que no se le enfriara la sangre, típico manchego, regado con una botella de Estola. Recordó entonces el *menú degustación* de Los quesos y evitó, en consecuencia, girar de nuevo en la rotonda del Cardenal; por contra, con su Terrano subió el repecho que la conduciría hasta la Puerta del Cambrón. Y allí, junto a la puerta, al pie de la muralla, aparcó, dio una propina al *yonquí* que a la sazón ejercía de guardacoches y penetró en el *casco histórico* de la ciudad. Pero antes de pasar al mesón, no pudo evitar una mirada a la fachada del Sefarad, que no en balde impartió allí clases de Francés hasta que se cansó de vivir con la incertidumbre de un destino desconocido, con un pie dentro y otro fuera, y de contemplar diariamente el horroroso monumento a Fray Luis.

Tras abandonar el mesón, hora y media más tarde, Verónica no pudo soportar el sopor de la comilona y se fue a casa a dormir la siesta: soñó que el *limpia* la

visitaba a aquella hora, que se desnudaba y que se tumbaba a su lado, en el lugar habitual de Pepe, y soñó que el joven la acariciaba con manos suavísimas de arriba abajo y de abajo arriba, que la besaba por detrás y por delante con sus carnosos labios y que luego, sin más, desaparecía. Al despertar, Verónica se encontró empapada y hubo de meterse de cabeza en la ducha.

Salió del baño con la noche ya cerrada, y se sintió ligera y despierta, pero sin ganas de cenar: no obstante, estaba decidida a marcar de nuevo el teléfono de TelePizza. En esta ocasión se pediría una *Suprema*, aunque no fuera más que para arrojarla al cubo de la basura, porque una suerte de intuición desconocida la hizo presentir que esta vez también el *limpia* sería el repartidor. Encargó, pues, la pizza y puso nuevamente, y sin saber muy bien por qué, el disco de Johnny Hartmann. Al poco, llegó el repartidor, ella lo recibió en albornoz, elevó él la mirada, se quitó la gorra y el albornoz volvió a abrírsele a Verónica de nuevo. Hicieron el amor intensamente, allí mismo, de pie, apoyados contra la misma pared del día anterior, mientras el teléfono no dejaba de sonar, porque Pepe la estaría llamando para confesarle que la echaba de menos y preguntarle si a ella le ocurría lo propio. El *limpia* desapareció luego y ella se tumbó en el sofá boca abajo hasta que, con las primeras luces, la despertó la melosa voz del *jazzman*. Había amanecido el jueves y Verónica salió otra vez de casa dispuesta a tomarse un doble de café en el Gressy

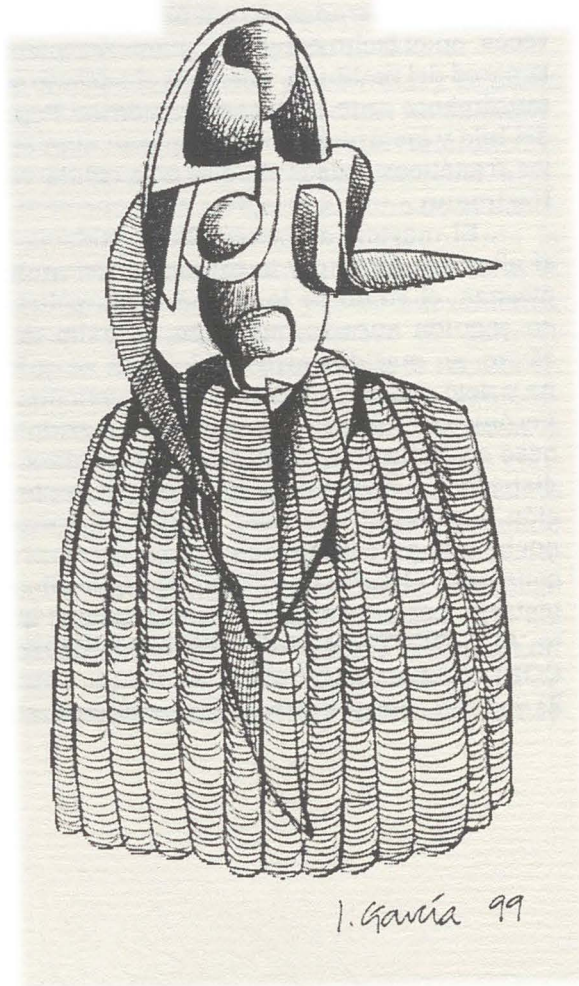


y a emplear todo el tiempo del mundo en buscar al vendedor de pañuelos.

Y así, la vida se le repitió a Verónica un día y otro día y otro día, viernes, sábado, domingo y lunes, entre comidas cargadas de especias, vino tinto, duchas, pizzas, siestas entreveradas de sueños placenteros, lúbricos a veces, en el lecho conyugal, y amores silenciosos contra la pared del vestíbulo, mientras el teléfono se desgañitaba inútilmente ante la desesperación de Pepe al otro lado del hilo y los únicos sonidos que se oían en la casa eran los frenéticos jadeos de ella y la cálida voz de Johnny Hartmann.

El martes, a primera hora, todavía Verónica con el albornoz abierto y la humedad del amante entre las piernas, el ruido de la cerradura la soliviantó, aunque en seguida supuso que Pepe acababa de llegar. Y en efecto, su marido entró en el salón, se quitó la gabardina y dejó el *Ecos* del viernes último encima de la mesita. Verónica abrió los ojos, saludó al marido acogiendo su beso en la boca y, mientras se disponía a hojear, como distraída, el semanario, le escuchó una leve recriminación por no haber estado en casa ninguna de las siete noches de su estancia en Barcelona y no haber tenido conectado el móvil ni un solo día. Pero ella no pudo contestarle, porque de pronto una noticia le quebró el hábito: **ACCIDENTE MORTAL EN LA AVENIDA DE LA RECONQUISTA**, rezaba el titular, y en la entradilla se leía: **El martes, un joven vendedor de pañuelos fue atro-**

**pellado en un semáforo de la avenida de la Reconquista por un conductor que no hizo caso de la luz roja. Trasladado inmediatamente a los servicios de Urgencias de la Residencia Virgen de la Salud, el joven ingresó cadáver.**



---

**EL SECRETO DEL COPO DE NIEVE  
(FALSO CUENTO ORIENTAL)**

por **Damián García Fente**

-Maestro, tú que eres sabio, ¿cuál es el secreto para alcanzar la inmortalidad?

El venerable anciano contestó sin abrir los ojos, con las manos posadas en el libro que recitaba.

-Siendo honestos, virtuosos, y siguiendo las enseñanzas del Profeta, alcanzaréis la inmortalidad y el Paraíso.

-¿Y la inmortalidad del cuerpo, maestro? -el discípulo dio un imperceptible codazo de complicidad al compañero que había hablado primero-. ¿Cuál es el secreto para derrotar a la muerte y vivir eternamente en cuerpo y alma?

El maestro calló. Durante un minuto eterno, el silencio posó su espeso manto sobre la solariega sala. Sus labios temblaron, y pareció que una breve esquirra plateada surcara sus ajadas mejillas. Su garganta se contrajo y al fin consiguió esbozar un casi inaudible susurro.

-Cuando comprendas. Alí, cuál es el secreto del copo de nieve y el tesoro que esconde, entonces conocerás cuál es el secreto de la inmortalidad.

Ahora, al cabo de tantos años, el eco de esas palabras martilleaba obsesivamente como un yunque su ca-

beza. Alí velaba el sueño febril e inquieto de su pequeña Zuleima. El alfaquí del califa le había dicho que no había remedio, que su hija moriría sin remedio e iría al Paraíso de Alá. Su menudo cuerpo no podría soportar la opresión de las fiebres más allá de seis ciclos completos de la luna. Alí había buscado todos los remedios posibles cuando se presentaron por vez primera las calenturas. Sin embargo todo había resultado inútil. El mal iba consumiéndola poco a poco. Sus ojos negros, siempre vivaces y alegres, habían comenzado a aureolarse de unas oscuras y profundas ojeras que parecían ahogarlos dentro de un negro torbellino, dejando solamente dos cuévanos terribles, seco recuerdo de su mirada llena de vitalidad. Su esposa Aixa guardaba silencio, mientras aplicaba paños húmedos sobre la frente de la niña. Le miraba llena de ansiedad, interrogante, queriendo encontrar en él la solución al mal que ella no podía atajar con sus silenciosas lágrimas. Mientras, las gotas de la clepsidra caían inmisericordes. Si eran ciertas las advertencias del alfaquí, quedaban poco más de cuatro ciclos lunares, y la enfermedad corroía a su niña sin remedio.

Alí se levantó decidido. Partiría al amanecer con una de sus caravanas hacia las montañas de Oriente en las que los copos de nieve dormían el sueño de la eternidad. Besó las gotas frías como el rocío de la mañana que perlaban la frente de su hija y con una mirada se despidió de su mujer.

Cabalgó sin descanso. Sus camelleros comenzaron a protestar y su fiel Masur, el guía de todas sus caravanas, no sabía cómo acallar sus quejas. Pero Alí necesitaba tiempo, debía vencerlo, sentía que, como la arena del desierto o como el agua de los oasis, éste se escurría entre sus dedos. Perdió en su agitado cabalgar la noción del tiempo que llevaba en busca de las tan ansiadas montañas donde tenían su morada las nieves eternas.

Al fin, un atardecer, las avistó a lo lejos, entre las amenazantes sombras de la noche. Se despidió de Masur y se separó de la caravana, que siguió su ruta hacia las tierras en las que se hallaba el secreto de la seda con el que había alcanzado su fortuna. Cabalgó día y noche, sufriendo el latigazo de las lluvias en su rostro, evitando pueblos hostiles, escapando a uña de su caballo de tribus salvajes que pretendían su cabeza para efectuar ritos blasfemos.

No sabía qué día era, pero por fin llegó a las faldas de las altas montañas, que perdían su cabeza por encima de un collar de nubes. Aquella noche se hospedó en la cabaña de un pastor. Sin embargo, la agitación le mantuvo en continua vigilia. La ansiedad oprimía su pecho, y por delante de sus ojos se agolparon atropelladamente los acontecimientos de los últimos meses. En ese momento, la turbación dio paso a la realidad: a su pequeña Zuleima apenas le quedaba tiempo. Sin esperar al amanecer se levantó y sin despedirse del pastor

se dirigió a la montaña.

Comenzó su ascensión. Cuanto más quería correr más lastimosa le parecía la subida. Se golpeó las piernas, el cuerpo, se destrozó los antaño elegantes guantes de piel de cabrito, lacerándose sus crispados dedos. Le faltaba el resuello, sentía un punzante ahogo en el pecho, pero no podía fracasar ahora que estaba tan cerca de la salvación de su hija. El viento zarandeaba su frágil cuerpo, pero una fuerza interior le susurraba que continuase. No sabía cuánto había ascendido, pero al fin en una falsa planicie atisbó una inmensa mancha blanca. Nieve; la tan ansiada y eterna nieve que parecía llamarle con su fulgor le aguardaba allí. Lanzó un grito de júbilo. Se arrodilló y cogió un puñado. Sintió su quemazón helada en la mano. Se restregó la cara intentando descubrir en su contacto la esencia de su eternidad.

En aquel momento, el sol, oculto entre las nubes hasta ese momento, hizo acto de presencia con toda su majestad, cegándole momentáneamente. Allí mantenía en su mano el montón de nieve y se preparaba ya a meterla en un saquito, cuando notó que un hilillo semejante a una fría lágrima resbalaba por su mano. La nieve se derretía lentamente sin remedio. Allí descubrió aterrorizado cuál era su secreto, el secreto del copo de nieve... es que no era eterno, no era inmortal, era simple agua cuya vida, igual que la suya y la de todos los seres, era una vida pasajera más que se diluía por entre los resquicios del tiempo, sí, se deshacía... como se des-

hacía la vida de Zuleima.

A muchas leguas de allí, con la luna reinando sobre la ciudad, Aixa posaba sobre su cabeza un manto negro de dolor y prorrumpía en un agudo y seco llanto, mientras las alas de la muerte se posaban sobre los párpados de Zuleima para siempre.







## ÍNDICE

Ana María Navales, 5/Virginia A. Lobos, 6/Miguel Ángel Curiel, 8/Adelina Esteban, 10/Jesús Pino, 13, 93/Francisco Javier Aguilar Cela, 16/María Antonia Ricas, 19/Elisa Romero, 21/David Calvo Vélez, 35/Paco Morata, 38/María Auxiliadora López Rodríguez, 44/ Julia Pontes, 47/Ángel Villamor, 50/Francisco de la Torre y Díaz Palacios, 52/Jesús Rubio, 57/Rubén Sánchez López, 63/Antonio Illán Illán, 67/Joaquín Copeiro, 69, 111/Ana Isabel Rodríguez Ortega, 72/Jesús Fernández, 76/Benjamín Pulido Navas, 80/Juan Carlos Pantoja Rivero, 99/M<sup>a</sup> Dolores García Rodríguez, 104/Damián García Fente, 121



Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

\_\_\_\_\_

